

En -, *Condiciones de posibilidad de la reproducción social en sociedades prehispanicas y coloniales tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)*. Córdoba (Argentina): CEH Segreti.

Comunidades de prácticas y reproducción social. Una relectura de las dinámicas sociales de los asentamientos aldeanos del primer milenio en los valles intermontanos del NOA.

Julián Salazar, Valeria L. Franco Salvi y Rocío M. Molar.

Cita:

Julián Salazar, Valeria L. Franco Salvi y Rocío M. Molar (2015). *Comunidades de prácticas y reproducción social. Una relectura de las dinámicas sociales de los asentamientos aldeanos del primer milenio en los valles intermontanos del NOA. En - Condiciones de posibilidad de la reproducción social en sociedades prehispanicas y coloniales tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)*. Córdoba (Argentina): CEH Segreti.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/eascc/19>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pzay/Ztt>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Condiciones de posibilidad de la
reproducción social en sociedades
prehispánicas y coloniales
tempranas en las Sierras
Pampeanas (República Argentina)

Compilado por
Julián Salazar



Centro de Estudios Históricos
Prof. Carlos S.A. Segreti
Córdoba, 2015
ISBN 978-987-45554-3-4



Condiciones de posibilidad de la
reproducción social en sociedades
prehispánicas y coloniales tempranas en las
Sierras Pampeanas
(República Argentina)

Compilado por
Julián Salazar



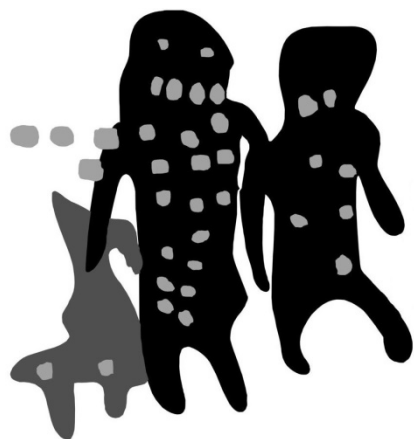
Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S.A. Segreti
Córdoba, 2015
ISBN 978-987-45554-3-4

Condiciones de posibilidad de la reproducción social en sociedades prehispánicas y coloniales tempranas en las sierras pampeanas, República Argentina / Eduardo E. Berberian... [et.al.] ; compilado por Julián Salazar. - 1a ed. - Córdoba : Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S.A. Segreti, 2015.

E-Book. - (Materialidades, teorías y métodos en arqueología contemporánea)

ISBN 978-987-45554-3-4

1. Arqueología. I. Eduardo E. Berberian II. Salazar, Julián, comp.
CDD 930.1



Índice

Introducción. Algunos apuntes sobre enfoques
arqueológicos de la reproducción social
Julián Salazar y Eduardo E. Berberían **1**

Conflictos, Estructuras y Estrategias

*El surgimiento de la desigualdad social en la prehistoria
de las Sierras de Córdoba (Rep. Argentina)*
Diego E. Rivero **15**

*Secuencias de producción e imposición iconográfica.
Tendencias en el arte rupestre del occidente de Córdoba
(Argentina).*
*Sebastián Pastor, Andrea Recalde, Luis Tissera y Mariana
Ocampo* **41**

Conflicto y violencia interpersonal en las Sierras de
Córdoba (Argentina) durante los siglos previos a la
conquista europea.
Iván Díaz, Sebastián Pastor y Gustavo Barrientos **84**

*Paisaje centrífugo y paisaje continuo como categorías para
una primera aproximación a la interpretación política del
espacio en las comunidades tempranas del Valle de Tafti
(Provincia de Tucumán)*
Jordi López Lillo y Julián Salazar **109**

*Los indios desnaturalizados del Valle Calchaquí en
Córdoba: de rebeldes a fieles soldados del pueblo de San
Joseph de los Ranchos” (siglos XVII-XVIII)*
Constanza González Navarro **151**

La sustancia de la Reproducción. Producción, materialidad y consumo de alimentos.

Prácticas culinarias como medio para la reproducción social de los grupos prehispánicos de las sierras de Córdoba
María Laura López **177**

Objetos perpetuos y reproducción social en una aldea del primer milenio de la Era
Valeria L. Franco Salvi **213**

Paisaje, espacialidad y reproducción

Paisajes con memoria. El papel del arte rupestre en las prácticas de negociación social del sector central de las Sierras de Córdoba (Argentina).
Andrea Recalde **235**

Casas-pozo, agujeros de postes y movilidad residencial en el periodo Prehispánico tardío de las Sierras de Córdoba, Argentina
Matías E. Medina **267**

Acerca de la constitución de agentes sociales, objetos y paisajes. Una mirada desde las infraestructuras de molienda (Sierras de Córdoba, Argentina).
Sebastián Pastor **302**

Comunidades de prácticas y reproducción social. Una relectura de las dinámicas sociales de los asentamientos aldeanos del primer milenio en los valles intermontanos del NOA
Julián Salazar, Valeria L. Franco Salvi y Rocío M. Molar **342**

XI.

Comunidades de prácticas y reproducción social. Una relectura de las dinámicas sociales de los asentamientos aldeanos del primer milenio en los valles intermontanos del NOA

Julián Salazar, Valeria L. Franco Salvi y Rocío M. Molar

Introducción: el conflictivo mundo de las sociedades aldeanas tempranas

Unos siglos antes del inicio de la era, en distintas áreas del Noroeste Argentino (NOA), poblaciones crecientes que basaban su subsistencia en diversas estrategias productivas, i.e. agricultura, pastoreo o cierta mixtura entre las mismas, comenzaron a generar evidencias que pueden interpretarse como los primeros poblados permanentes en esta porción del área Andina (Albeck 2000; Castro y Tarragó 1992; González 1963; Korstanje 2005; Olivera 1991, 2001; Raffino 1977; Tarragó 1999).

Estas sociedades, en virtud de su sedentarismo y de las estrategias productivas, comenzaron a alterar sensiblemente el entorno en el que habitaban, construyendo asentamientos mediante la instalación de múltiples estructuras con diversas funcionalidades. Los espacios residenciales eran delimitados por muros construidos con materiales perecederos en algunos casos y no perecederos en otros. El acondicionamiento de campos de cultivo implicó la erección de muros de contención del relieve, terrazas y cuadros, montículos de despedre y recintos asociados a la agricultura. El pastoreo también involucró la construcción de corrales y estructuras para el manejo de animales.

Todas estas actividades generaron además cuantiosas masas de desechos, que se acumulaban en basureros formales. Las localidades ocupadas se fueron convirtiendo en marcas formales y duraderas en el paisaje que denotaban la apropiación de *loci* específicos a determinados grupos (Haber 2001; 2006a).

La clave de este proceso es la aparición y afirmación de la vida aldeana, un modo de existencia novedoso, que generaría cambios sustanciales en las maneras de vivir de las personas y, sobre todo, en los modos en que se relacionaban con el mundo, con los demás seres humanos y no humanos con los que convivían.

En estas nuevas condiciones las prácticas y estrategias de los agentes fueron readaptadas, los principios de construcción de los espacios sociales reconfigurados, y los capitales en lucha diversificados y multiplicados, en múltiples procesos que variaron notablemente en distintos ámbitos espacio-temporales del NOA. Si hasta la década de 1990 el Formativo se entendía como un periodo o como un tipo social caracterizado por un conjunto limitado de estrategias sociales, económicas o adaptativas, los estudios arqueológicos de los últimos tres lustros han resaltado la diversidad y variabilidad de fenómenos, condiciones y situaciones que se han englobado dentro de esa categoría (Delfino et al. 2009; Franco Salvi et al. 2009; Haber 2001; 2006b; 2011; Korstanje 2005; Ledesma y Subelza 2012; Muscio 2009; Oliszewski 2011; Quesada 2006; Quesada et al. 2012; Scattolin 2006a; Scattolin y Korstanje 1994; Seldes y Ortiz 2012).

Una de las ideas rectoras del proyecto “Condiciones de posibilidad de la reproducción social en sociedades prehispánicas y coloniales tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)” (ver *Introducción* en este volumen) proponía que el **conflicto** podía ser entendido como un movilizador de instancias de instrumentación de estrategias de reproducción que podrían haber puesto en riesgo, reafirmado o modificado las estructuras sociales existentes a medida que las mismas iban siendo performativamente reactualizadas en la práctica. El reconocimiento de dos momentos clave para el análisis de este tipo de dinámicas (a saber, la expansión agrícola y la conquista europea) dirigió nuestra mirada a evaluar las consecuencias del más temprano de esos procesos, es decir, la adopción de una economía basada en la producción de alimentos con estrategias de movilidad sedentaria en el Valle de Tafí a lo largo del primer milenio de la era, proceso que podríamos incluir dentro de lo que se ha definido como “sociedades aldeanas tempranas” (Bandy and Fox 2010).

La idea de sociedades aldeanas tempranas (*early village societies*) ha sido introducida recientemente para generar un espacio de discusión

global sobre trayectorias particulares, que presentan un alto grado de variación, pero se vinculan entre sí por consolidarse en el contexto de las tensiones demográficas, económicas y sociales que surgen como consecuencia de la introducción de la agricultura (Bandy 2010). Según Bandy y Fox (2010) las condiciones que se establecen durante los primeros siglos posteriores a la consolidación de la vida aldeana definen una serie de problemas que deben ser resueltos con estrategias para las cuales las sociedades humanas no estaban preparadas y que a su vez las terminarían entrapando en nuevos vínculos que en muchos casos ya no se podrían disolver (Hodder 2011). En virtud de esto las estructuras sociales en dichos contextos pueden entenderse como *provisionales, improvisadoras e innovadoras*.

Los cambios surgidos a consecuencia de la incorporación de las economías productivas han sido analizados de manera recurrente desde los decimonónicos planteos evolucionistas de L.H. Morgan, pasando por los aportes de V.G. Childe, hasta estudios más recientes de enfoques principalmente neoevolucionistas. Sin embargo, la utilización de categorías esencialistas como “neolítico” o, su versión americana, “formativo”, han impedido analizar la gran variación de fenómenos, procesos y estrategias desarrolladas. La alternativa de dejar de lado enfoques comparativos con cierto alcance transcultural y adoptar visiones particularistas tampoco ha resuelto el problema quitándose importancia a las condiciones similares que viven las sociedades humanas al enfrentarse a este tipo de problemas.

El análisis de variaciones particulares de trayectorias históricas de grupos muy distintos, enfrentando situaciones comparables, tiene aún mucho que aportar a la comprensión de los cambios que ha vivido la humanidad a gran escala y en largas duraciones. La introducción de algunas herramientas analíticas de la *arqueología de la práctica* tiene la potencialidad de ofrecer lecturas mediadoras de los modos en los que se articulan agencia y estructuras (Dobres y Robb 2000; 2005; Pauketat 2000) posibilitando construir interpretaciones históricas de los *colectivos articulados* y de las *temporalidades variables* en las cuales estos se modifican.

Una de las ideas que atraviesan las lecturas tradicionales de esta problemática es que agricultura implica formación de aldeas y de algún tipo de colectivo con ciertas características compartidas, que podríamos llamar “comunidad”(Yaeger y Canuto 2000), entendido como una agrupación fuertemente integrada y medianamente igualitaria que posibilita a unidades domésticas o familias llevar adelante inversiones en trabajo e infraestructura más amplias y a la vez tener cierta

protección contra posibles enemigos externos. Sin embargo, el stress escalar generado por el crecimiento demográfico de la llamada “Revolución Demográfica Neolítica” (Bar-Yosef y Bocquet-Appel, 2008) hace que estos contextos sean altamente dinámicos y que requieran de permanentes negociaciones que resuelvan de algún modo esos conflictos. La variabilidad de los modos de resolución que evidencia el registro arqueológico surandino supera ampliamente a la posibilidad de existencia de *un* tipo de estructura o institución social.

En este contexto resulta imperioso conocer las articulaciones, escalas y lógicas de los colectivos que se están formando, reformando, cristalizando o desestructurando. Latour (2005) ha apuntado que uno de los principales problemas de lo que él define como enfoques de “lo social” es que han trabajado con ideas esencialistas sobre los colectivos que se pretenden estudiar, sin dar un lugar al verdadero trabajo de los investigadores que es reconocer cómo los agentes van articulando relaciones que forman, consolidan, tensan y desarticulan colectivos o asociaciones.

Otra de las ideas asumidas es que los contextos conflictivos generan necesariamente una aceleración de los cambios en los cuales los grupos van rearticulando sus modos de vivir y que ese incremento de la intensidad de la dinámica social se orienta indefectiblemente a una intensificación de las desigualdades. Lejos de ser esto así en todos los contextos, las maneras en las cuales se articulan cambios y continuidades y la temporalidad en las que estos se materializan también es muy variable (Lucas 2005) y es otro aspecto de las negociaciones sociales en las cuales intervienen agentes humanos y no humanos. Estos últimos, en virtud de sus propiedades materiales tienen cierta inercia propia que los convierte en reproductores de estructuras y prácticas.

Las investigaciones arqueológicas realizadas en los últimos años en el sector norte del valle de Tafi han posibilitado reconocer una particular dinámica de construcción, crecimiento y expansión de asentamientos aldeanos tempranos, signada por la consolidación de unidades domésticas relativamente autónomas, que se reprodujo exitosamente por casi un milenio. En este capítulo se analiza la continua y dinámica formación de comunidades de práctica, entendidas como aquellas cuyos vínculos se solidifican a medida que sus miembros se comprometen entre sí por realizar repetidamente actividades cotidianas. En segundo término, se sintetizan las evidencias materiales de las temporalidades múltiples de articulación de dichos colectivos, reflexionando sobre las condiciones estructurales y prácticas que las

generaron y mantuvieron. Finalmente se plantea que estas articulaciones fueron el resultado de estrategias de reproducción frente a los conflictos generados en el contexto de las sociedades aldeanas tempranas y combinaron exitosamente la autonomía doméstica, construida en torno a la participación activa de los ancestros en las negociaciones diarias de la vida cotidiana, con el establecimiento de relaciones supradomésticas laxas definidas por la reciprocidad.

Comunidades de práctica

Una de las ideas centrales de este trabajo es que, en los contextos aldeanos tempranos del valle de Tafi, personas y objetos participaron en la construcción de colectivos de pequeña escala con un alto grado de autonomía en la toma de decisiones. Estos grupos fueron consolidados por la articulación de memorias fragmentarias en torno a los vínculos de parentesco con ciertos ancestros cuya corporeidad (materializada en huesos, rocas o cerámicas) participó activamente en la incorporación de hábitos, normas y modos de hacer, es decir de disposiciones estructurantes que Bourdieu (1997) definió como *habitus*.

Se discuten a continuación ciertas características de los espacios residenciales, de los ámbitos productivos y de los espacios públicos, que han sido trabajados en los últimos años en el asentamiento aldeano La Bolsa 1 (Franco Salvi 2012; Salazar 2010; Salazar et al. 2007; Salazar et al. 2011). En un capítulo paralelo (López Lillo y Salazar, en este volumen) se presenta un análisis espacial de la estructuración del paisaje aldeano en términos políticos aplicando SIG.

El sector La Bolsa 1 (LB1) se ubica sobre un glacis cubierto cuya pendiente promedio es del 10%, presentando algunos sectores con pendientes del 15% y amplios planos menores al 8%. En su totalidad abarca unas 50ha.

La instalación está conformada por numerosas unidades residenciales y un complejo sistema de estructuras agrícolas entre las cuales se destacan un canal para el manejo del agua, aterrazamientos, montículos de despedre, muros de contención del suelo, cuadros de cultivo y áreas de molienda extramuros (Figuras 1 y 2). La configuración arquitectónica más destacada en el sector superior de esta instalación son los conglomerados residenciales, que tienen una marcada visibilidad aún en la actualidad, cuando un relleno de depositación eólica de más de un metro de espesor cubre el nivel ocupacional original (Figura 3). En segundo lugar se aprecia, entre las instalaciones residenciales, la presencia de parcelas de cultivo consistentes en

cuadros, canchones y campos aterrazados. El sector medio e inferior está conformado casi exclusivamente por áreas de producción agrícola. Finalmente se destacan grandes recintos circulares o subcirculares ubicados en las cotas superiores de este sector, que habrían estado destinadas al manejo de camélidos. LB1 muestra una ocupación continuada desde el 200 a.C. hasta el 800 d.C., conformando fundamentalmente un asentamiento aldeano con una serie de reocupaciones esporádicas en el segundo milenio, sobre todo en el período histórico, cuando se constituyó como un espacio de manejo de ganado bovino.



Figura 1. Vista del sector arqueológico LB1. En la porción superior (a la izquierda) se puede observar el área de ocupación residencial más concentrada, mientras en la parte inferior (a la derecha) se reconocen montículos de despedre lineales asociados a estructuras de contención y aterrazamiento.

Construir y habitar

La configuración material asociada a la vida doméstica en el primer milenio del valle de Tafi sigue un patrón recurrente y ha sido estudiada en numerosas oportunidades (Berberían y Nielsen 1988a; Cremonte 1996; González y Núñez Regueiro 1960; Oliszewski 2011; Sampietro Vattuone y Vattuone 2005). Se caracteriza por una serie de estructuras habitacionales de planta circular o subcircular, cuyos diámetros varían entre 1,5m y 6m, adosadas a un patio de la misma

morfología de grandes dimensiones, variando sus diámetros entre 9m y 20m. Esa configuración se interpretó desde mediados de siglo XX como un rasgo de la “cultura Tafi” (González y Núñez Regueiro 1960; Núñez Regueiro y Tarragó 1972) y en consecuencia a las viviendas particulares, se las consideró materialización de normas culturales preexistentes, construidas de una vez y pertenecientes a un momento específico de la secuencia de la cultura. Nuestros trabajos se han dirigido a repensar las características y dinámicas de la estructuración y uso del espacio residencial en términos de prácticas para lo cual fue necesario realizar una excavación de la totalidad del espacio intramuros y una porción del espacio extramuros de una unidad residencial, la Unidad U14 (Figura 3).

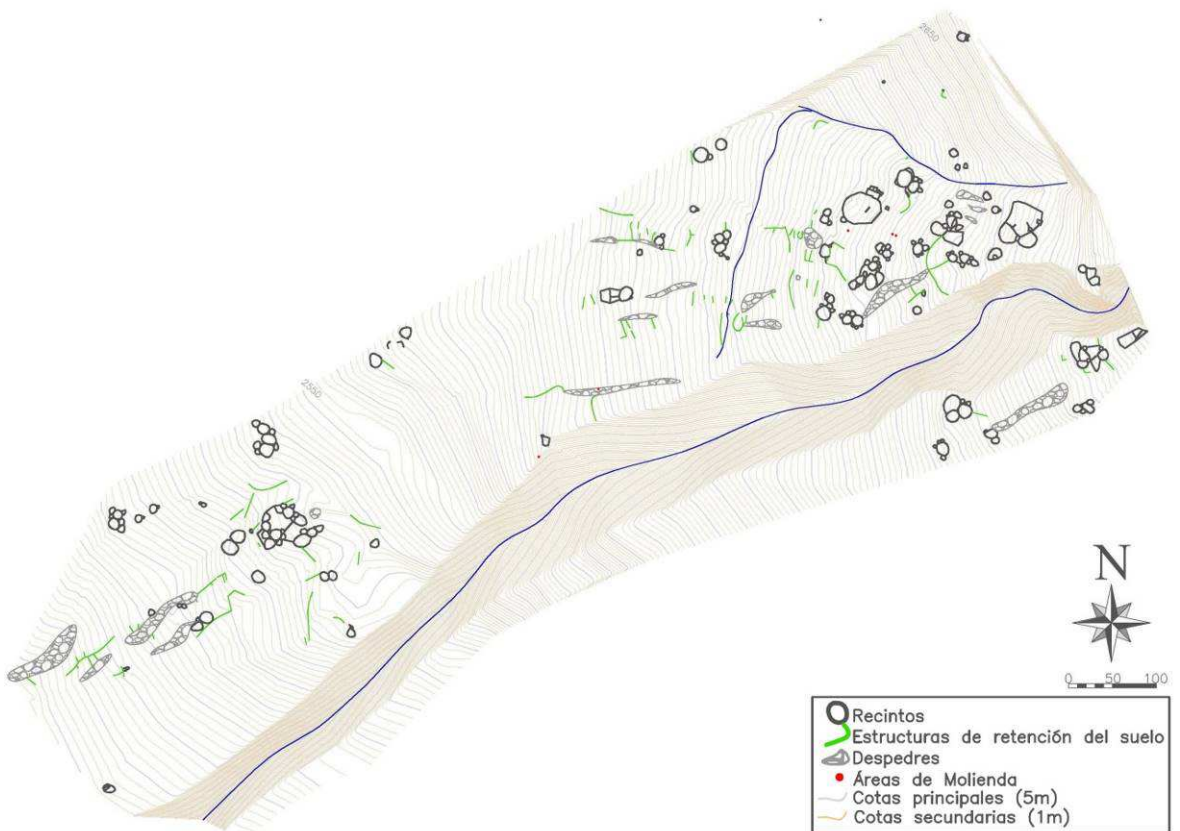


Figura 2. Plano de Planta de LB1.

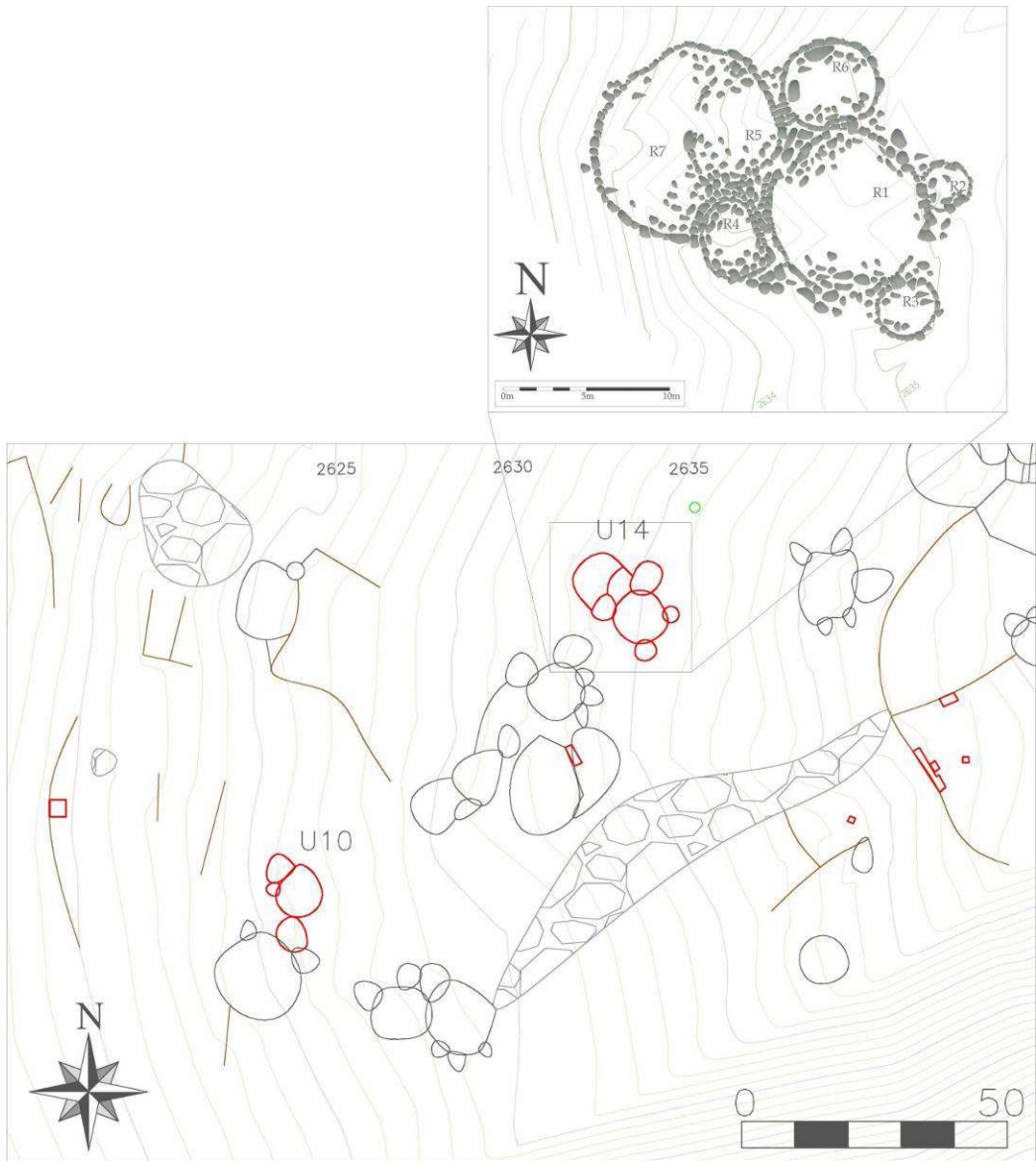


Figura 3. Sector concentrado del sitio La Bolsa 1 (LB1) con U14 detallada. (En rojo, espacios excavados; en verde, área de molienda extramuros; en gris, montículos despedres; en marrón, estructuras de retención del suelo posiblemente agrícolas)

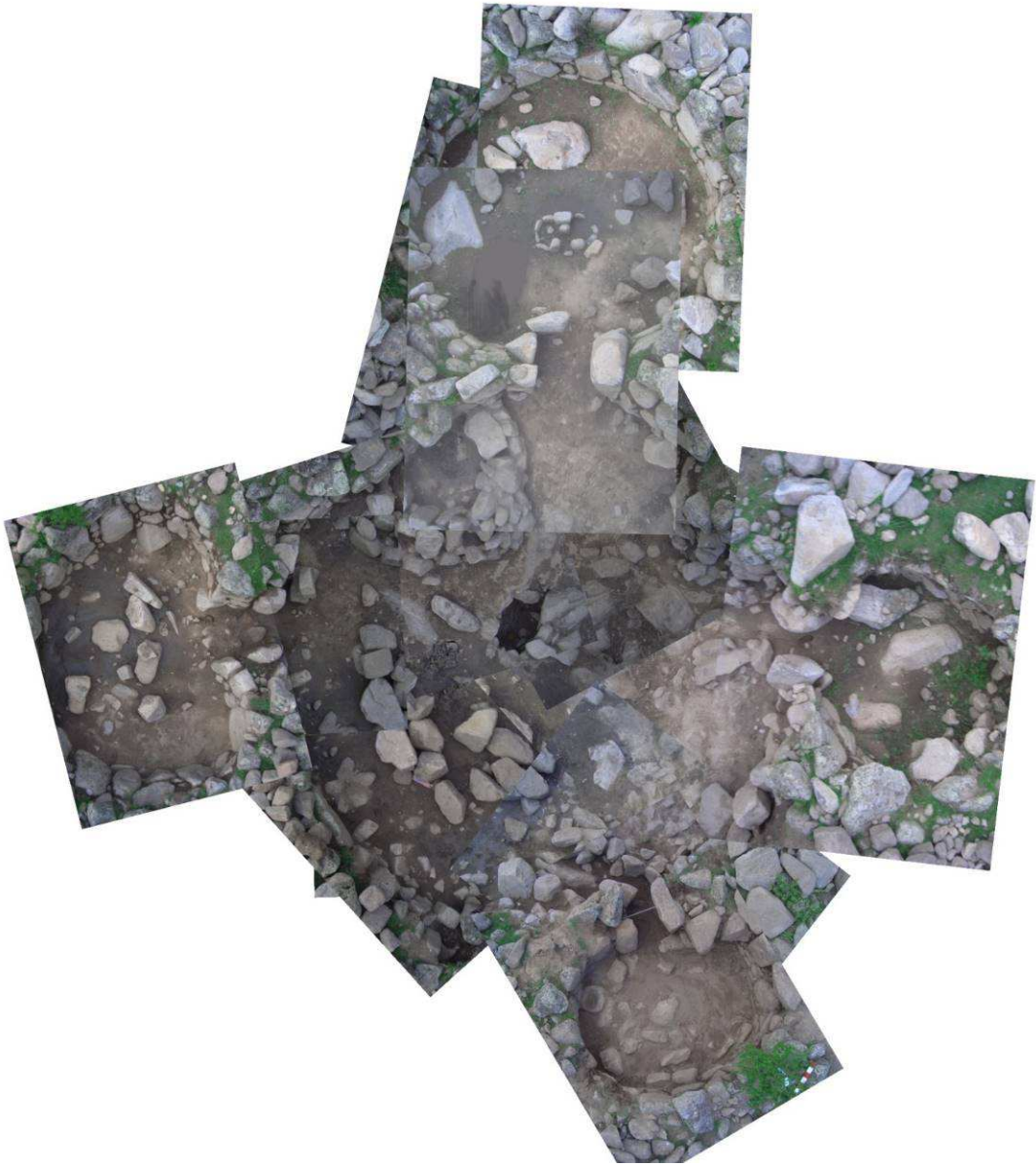


Figura 4. Porción superior de U14, en el centro se observa el patio central R1, al este, R2, sur R3, oeste R4 y norte, R6.

U14 es un conjunto arquitectónico compuesto por siete estructuras que, por la diferencia de nivel que presentan, se pueden dividir en dos: en el nivel superior, en la porción oriental de la instalación, se emplaza un recinto circular grande R1, al cual se adosan, comunicándose mediante vanos formales, 5 estructuras de la misma morfología pero de dimensiones menores R2, R3, R4, y R6

(Figura 4); en la porción inferior, hacia el oeste, adosada a este conjunto se observa una construcción más, de planta semicircular, subdividida en dos: R5 y R7. El bloque constructivo que constituye esta unidad, de 200m² de superficie, es altamente perceptible desde una considerable distancia, sobre todo desde el Oeste, donde el desnivel ha sido salvado mediante la construcción de un gran muro que cierra al recinto R7 (Figura 5). La totalidad del contexto correspondiente a los pisos ocupacionales de la U14 fue datado mediante 4 fechados C14 AMS entre 650 y 800 AD.

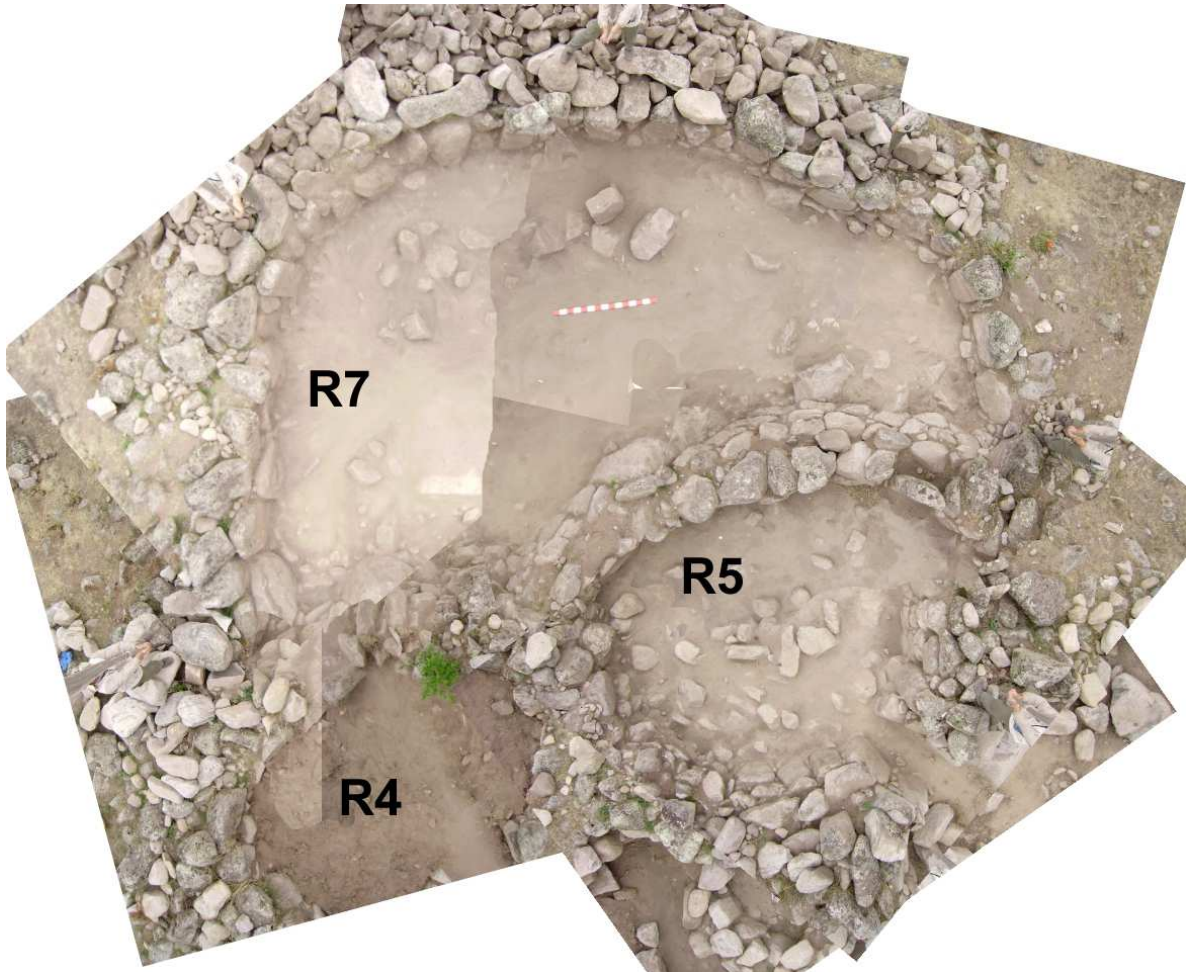


Figura 5. Porción inferior de U14. Se observa el espacio semicircular que fue subdividido en R7 y R5 y las aberturas que los comunica con R4 y R6 respectivamente

La vivienda se planteó como un espacio distinto al exterior y diferenciado del resto de los ámbitos extramuros del asentamiento. Esta particularidad no es exclusiva de este conjunto, sino que se repite en

aquellos que han sido extensivamente excavados. Cada vivienda ocultaba lo que ocurría en su interior. Pero su organización centripeta hacía que para los coresidentes, sus prácticas y acciones quedaran bastante limitadas y observadas por el resto (Kuen Lee 2007).

A partir de los análisis *gamma* (Hillier and Hanson, 1984) realizados en la unidad U14, podemos observar que la misma muestra un diagrama con cierta tendencia a la asimetría en el cual el recinto R1 juega un papel central (Figura 6c). Este ámbito posee el dominio sobre el resto de estructuras en la unidad: controla el único acceso desde el exterior, y mantiene la exclusividad de las aberturas que permiten ingresar al resto de recintos (Figura 6b). Mientras que las demás tienen uno o dos conectores, ésta posee cinco. Para acceder a cualquier recinto adosado se debe atravesar obligatoriamente ese lugar.

Así como la organización del espacio de la casa se estructura de manera centripeta, el movimiento dentro de cada uno de los espacios que la componen también está dado de esa forma. El recinto R1 presenta, en su porción central, la estructura inhumatoria Cista1, cuya tapa sobresalía unos 30cm por encima del piso ocupacional, constituyendo una rugosidad que no puede ser sobrepasada, por lo que las personas que habitaban la vivienda habrían realizado sus actividades diarias y transitado alrededor de ese hito central. El mismo efecto se produce en los recintos R4 y R6, donde los fogones centrales organizaban y distribuían el movimiento y las actividades en torno a ellos.

Desde el exterior, es decir desde el punto ubicado en el umbral de entrada al recinto R1, el interior del patio puede ser parcialmente percibido. De esta manera podemos pensar en éste como un ámbito que puede ser utilizado y percibido al menos parcialmente por personas no residentes de esta unidad. Esta posibilidad se ve reforzada por las dimensiones que presenta siguiendo las escalas propuestas por Moore (1996; 2008). Los rasgos internos que se habrían destacado a la mirada de quienes lo percibían desde fuera, fueron la Cista1 y el rasgo rA, estructuras que se emplazaron alineadas con la puerta.

El interior de los recintos adosados se mantenía casi totalmente excluido de la percepción desde el exterior, salvo por el caso de R6, cuya abertura se ubicó enfrentada con el umbral principal. Estos ámbitos habrían estado sensorialmente aislados con respecto al exterior. Desde el interior, también estaba bastante limitada la observación hacia fuera, teniendo en cuenta que los muros llegaban casi a los 2m de altura y que los recintos menores seguramente fueron techados. Finalmente los recintos R5 y R7, no son visibles, aunque no es factible establecer si se techaron o no. Esto es más notable aún si consideramos la estructura

que se dispuso en el sector exterior de la entrada principal del patio que cierra el libre acceso a la vivienda. Las excavaciones realizadas en el área extramuros de la abertura de U14 al exterior permitieron identificar un muro de 0,50 m de alto que lo cerraba a manera de reparo (Figura 7), similar al que fuera registrado en las excavaciones de la Unidad U10 (Salazar et al 2007).

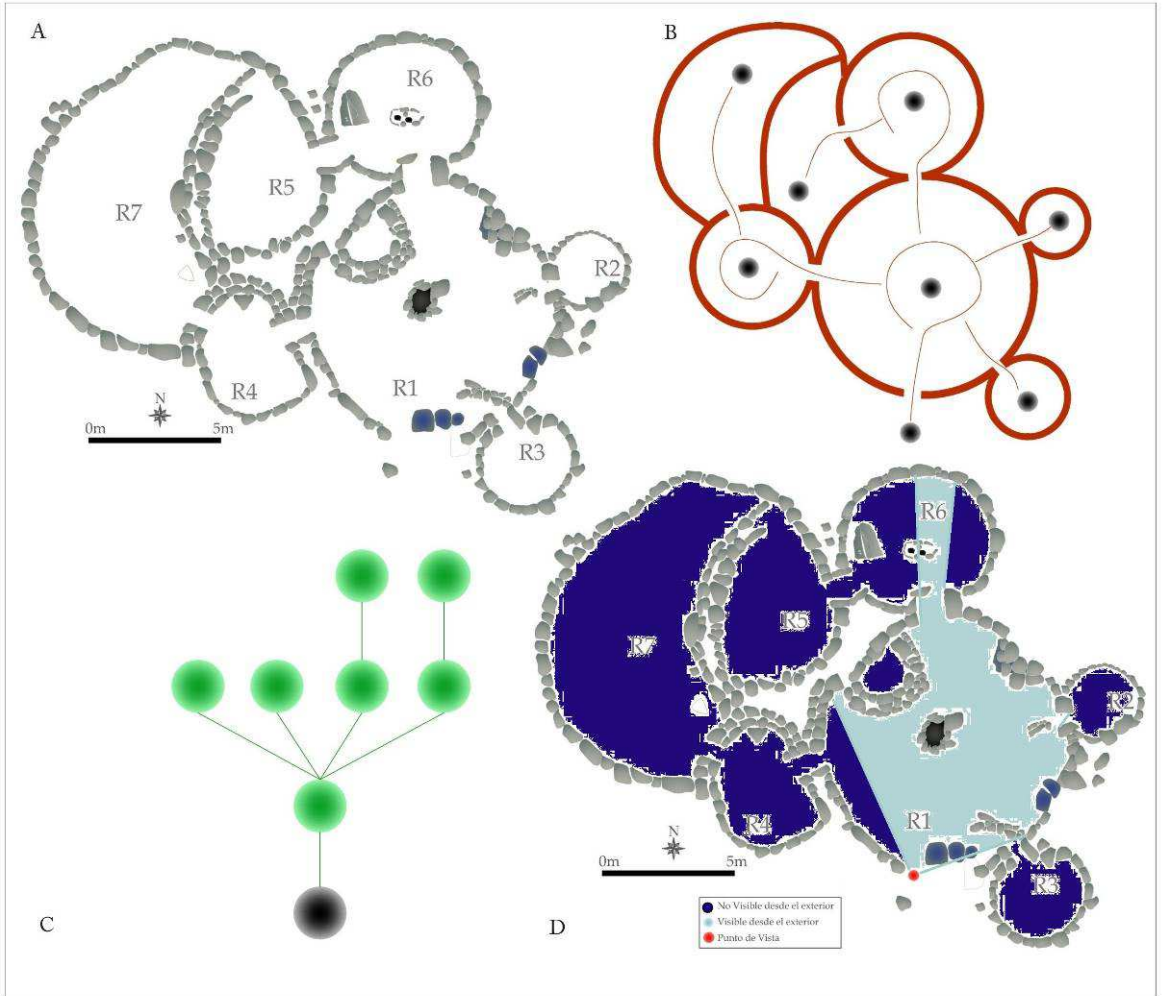


Figura 6. Esquema de análisis espacial de la Unidad U14.

Un estudio que incorpora múltiples líneas de evidencia permite inferir algunas de las prácticas que se daban en este lugar central en momentos cercanos al 800d.C., antes de su abandono (Gazi y Salazar 2013) (Figura 8). En el recinto R1, se realizaban algunas actividades ciertamente importantes para la reproducción de los lazos que unían al colectivo que habitaba esta estructura. Este gran recinto, de planta

circular y de 10m de diámetro, es el que organiza la circulación dentro de la vivienda y, como se planteó más arriba, en su porción media posee una cista inhumatoria. En principio esta se presenta como un solo artefacto, que podríamos interpretar como la referencia a la presencia de un individuo, que por distintas razones fue enterrado en el lugar central de la vivienda, y rememorado como ancestro fundamental para quienes habitan la unidad. No obstante, al abrirla se observa que no contiene sólo los restos de un individuo sino que es una asociación de distintos eventos depositacionales, y de objetos dentro de esos eventos. En este caso, la Cista 1 de la U14 contenía dos entierros sucesivos, los cuales a su vez están constituidos por múltiples elementos.



Figura 7. Vista en planta de excavación de Área Extramuros Sur de R1 U14. Se puede observar el muro que cubre la entrada impidiendo visibilidad y percepción desde y hacia el exterior.

La estructura se presenta como una quiedad campaniforme de planta elíptica, bajo el piso habitacional del recinto, recubierta por paredes de rocas bastante irregulares, las cuales incorporan un gran bloque presente en el lugar. En torno a este rasgo inhumatorio se

organizó el tránsito dentro de la estructura y distintas actividades, especialmente la molienda y el consumo de alimentos. Los morteros de piedra y las manos de moler, instrumentos con los cuales se machacaba principalmente maíz (evidenciado por la presencia de silico-fitolitos), se encuentran esparcidos en los distintos recintos de la unidad, concentrándose sobre todo en el área del patio. En torno a la cista no sólo se encuentran la mayoría de los instrumentos, sino también los de mayor tamaño, por lo cual gran parte del tiempo destinado a la molienda ocurría en este espacio, vinculando esta actividad diaria y a quienes la desarrollaban con los antepasados difuntos.

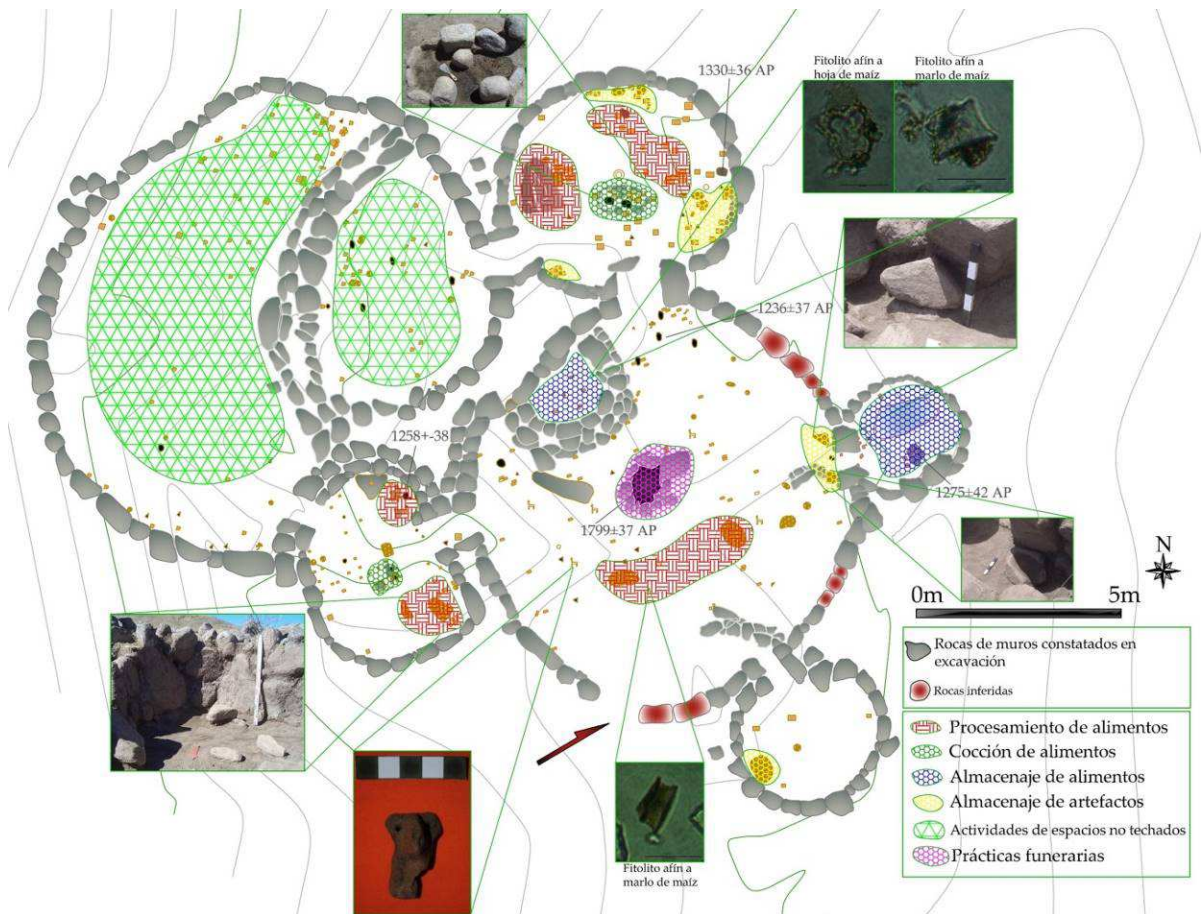


Figura 8. Esquema interpretativo de distribución de áreas de actividades en U14.



Figura 9. Estatuillas de cerámica zoomorfas. Se registraron exclusivamente en el piso ocupacional de patio R1, todas fracturadas en sus extremidades o cuello.

En otros sitios del valle, con mayor conservación de las evidencias arqueofaunísticas, se ha podido comprobar que en espacios análogos y coetáneos se trozaban los animales para consumir su carne (Sampietro Vattuone y Vattuone 2005). En el mismo lugar donde se ubicaba la cista, se molía el maíz y se trozaban los animales, se realizaba una peculiar práctica de depositar pequeñas figurinas o estatuillas zoomorfas que en general representaban camélidos (Figura 9). Sólo en este espacio de la unidad (i.e. patio central) se ha registrado dicho fenómeno. Igual particularidad presentan otros elementos realizados en cerámica, pero en este caso son objetos que estilísticamente no corresponden con los conjuntos de alfarería que se producen localmente para esa época.

Adosado al muro Oeste del recinto se dispuso una estructura interna, sin aberturas, de planta subcircular, que pudo ser destinada al almacenaje. En su interior se encontraron fragmentos de cerámica roja ordinaria y algunos fragmentos de cerámica gris incisa, conjunto al que se le agregaba una figura antropomórfica realizada en cerámica, con demarcaciones de los senos, asignables al género femenino. Algunos de los restos de cerámica pudieron ser remontados, interpretándose el predominio de vasijas de gran tamaño. Además de estas materialidades que indicarían que el rasgo constituye un silo, los análisis de microrrestos han arrojado la presencia de fitolitos afines a hojas y granos de maíz, lo cual contribuye a confirmar que estamos ante la presencia de una estructura destinada al almacenamiento.

En este contexto, habitado por ancestros y prácticas fundamentales para la reproducción social y material del grupo, se desarrollaron quizás reuniones que incluyeron aspectos de la vida pública. En este sentido el escenario del patio también afirmaba la memoria de ese colectivo y su pertenencia a esos lugares, para quienes no los habitaban (Blanton 1994; Hendon 2010; Moore 1996).

Estas consideraciones sobre las características de los diseños habitacionales y la distribución de materiales en ciertos espacios de la vivienda permiten pensar que en estos ámbitos se estaban gestando comunidades de prácticas fragmentadas amalgamadas por una gran cantidad de relaciones entre objetos y personas que molían, compartían, almacenaban y consumían alimentos. En este sentido, uno de los cementos más fuertes que podían aglutinar a los colectivos que se generaban en estos lugares eran las referencias a vivencias, personas y objetos, del pasado, todos ellos rasgos propios y apropiados de cada espacio residencial. Pero esa referencia no era solamente simbólica, sino que era una referencia material y espacial posibilitada por una característica fundamental de las materialidades implicadas en la

construcción de muchos objetos y estructuras, la piedra: sencillamente su *durabilidad* (Franco Salvi, en este Volumen).

Roturar, sembrar, cosechar

La fragmentación que se interpreta a partir del estudio de los espacios domésticos no se restringe sólo a ellos y también fue construida en el espacio productivo y por las estructuras que lo conformaron (Franco Salvi 2012; Franco Salvi y Berberían 2011).

Los estudios realizados en los espacios agrícolas del norte del valle (Franco Salvi 2012; Franco Salvi y Berberían 2011) permitieron identificar una serie de estructuras y rasgos que conformaron una red de microespacios agrícolas, en los cuales se sembraba al menos maíz, poroto tarwi y calabaza, lista de especies que fue confirmada por estudios de microrrestos vegetales y que podría ampliarse mediante futuras identificaciones.

Los sitios arqueológicos del sector Norte presentaron un complejo sistema tecnológico destinado a la producción de alimentos. Una vasta extensión de terreno fue utilizada para el cultivo alcanzando su máxima expansión alrededor del siglo VIII d.C. Para entonces, estos paisajes agrícolas contaban con 140 has de parcelas asociadas a muros de contención, cuadros de cultivo, aterrazamientos, represas, canales, etc. Las numerosas estructuras identificadas constituyen la consecuencia de procesos de ampliación y retracción de los espacios de vivienda y producción, esto es, el resultado final de construcciones diacrónicas llevadas a cabo de forma gradual mediante trabajo familiar y comunal durante un lapso de once siglos.

El diseño agrícola que tiene una gran representación en los paisajes aldeanos se estructura mediante la acumulación de rocas procedentes de la limpieza de las parcelas formando montículos de despedre lineales, bastante regulares, dispuestos en el mismo sentido que la pendiente (Figura 10 y Figura 11). En general estos pueden hallarse de a pares o aislados. En la parcela que queda despejada entre dos montículos o hacia los lados de uno, cuyas superficies oscilan entre 0,1 y 0,5ha., se disponen muros de contención perpendiculares a la pendiente que se adosan a los montículos. Esto forma terrenos con menores pendientes a las naturales en las cuales el suelo y los cultivos son protegidos de la acción eólica y de las lluvias torrenciales (Figura 12). También genera parcelas que son altamente visibles y distinguibles entre sí (Franco Salvi 2012).

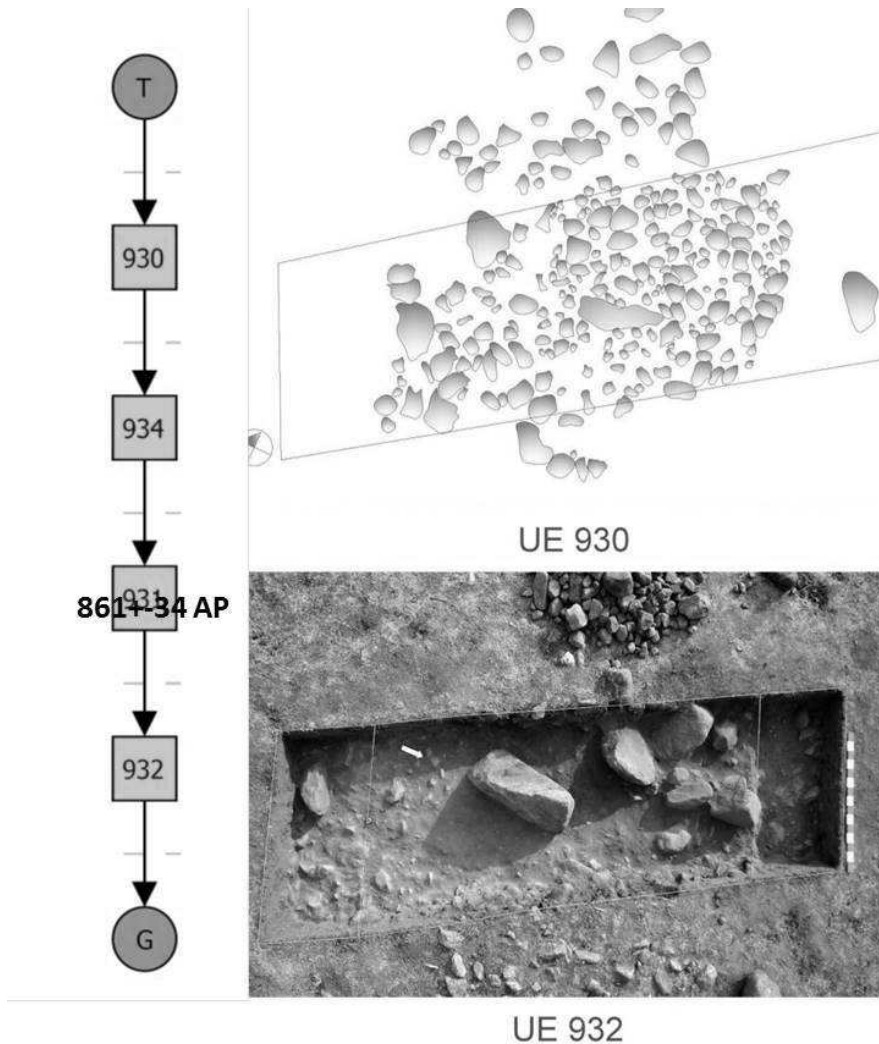


Figura 10. Despedre 1 (Sitio La Bolsa 1). Secuencia de excavación de un montículo de despedre asociado a muros de contención.

Similar situación se da con los cuadros y canchones de cultivo, estructuras rectangulares o subcirculares que se construyen a través de la elevación de sólidos muros, en ocasiones con el mismo grado de formalidad que el de los paramentos de las estructuras domésticas y en ocasiones con diseños más irregulares, limitando superficies relativamente discretas y subdivididas dispuestas en espacios cercanos a las viviendas (Franco Salvi 2012).

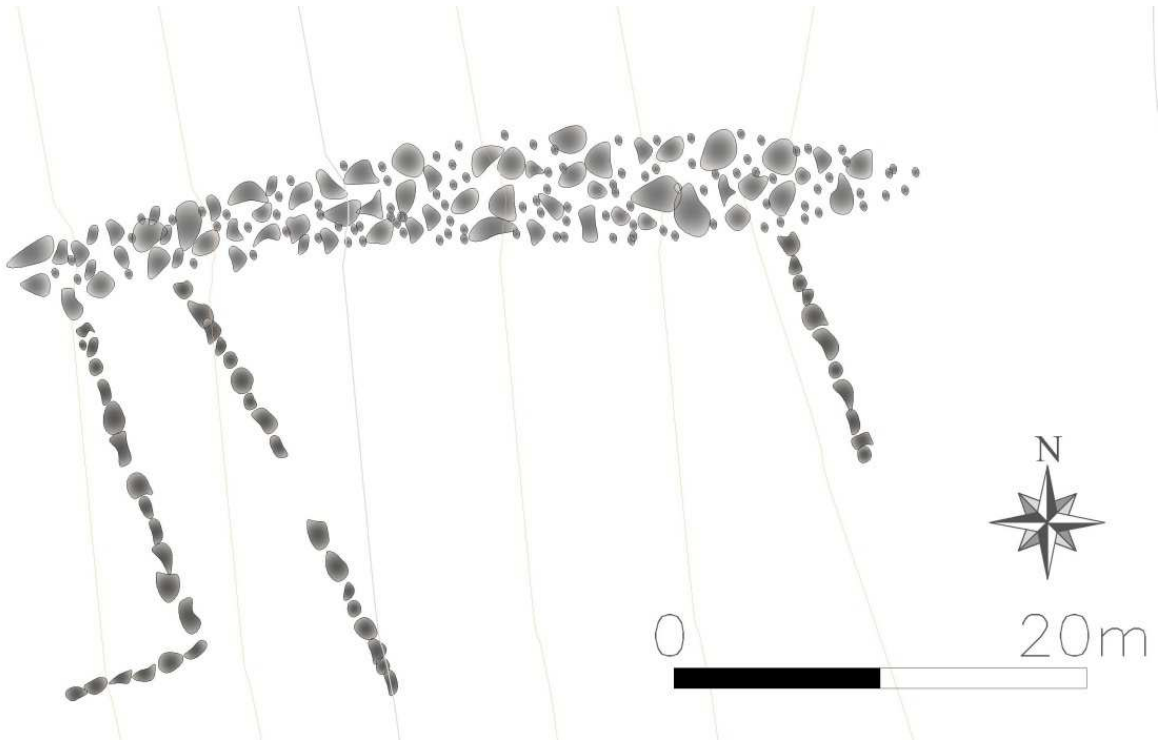


Figura 11. *Diseño agrícola que se constituye como unidad, formado por montículo de despedre asociado a muros de contención transversales a la pendiente.*

Si bien resultaría arriesgado suponer qué agentes o en qué modo se gestionan dichas parcelas, se podría afirmar que las dimensiones de las mismas responden a escalas fragmentarias, y su materialidad hace que sean fácilmente distinguibles y diferenciables, recordando (no de manera simbólica sino práctica) a quienes trabajan en ellas que esa es la escala en la que se produce y se gestiona la tierra.

En algunos sectores del sitio también hemos podido identificar estructuras que no se condicen con este esquema: canales de manejo de agua y grandes aterrazamientos.

Mediante fotointerpretación se observó una línea que cruzaba de manera transversal el sitio sugiriendo un origen posiblemente antrópico. Posteriormente, durante el proceso de prospección se diferenció no sólo la ondulación en el terreno sino también una variabilidad en la coloración de la vegetación.

Las excavaciones permitieron reconocer la presencia de dos paleocauces arenosos (UE 212 y UE 216) superpuestos y separados por un estrato (UE 215) (Figura 15). Este rasgo pudo registrarse atravesando

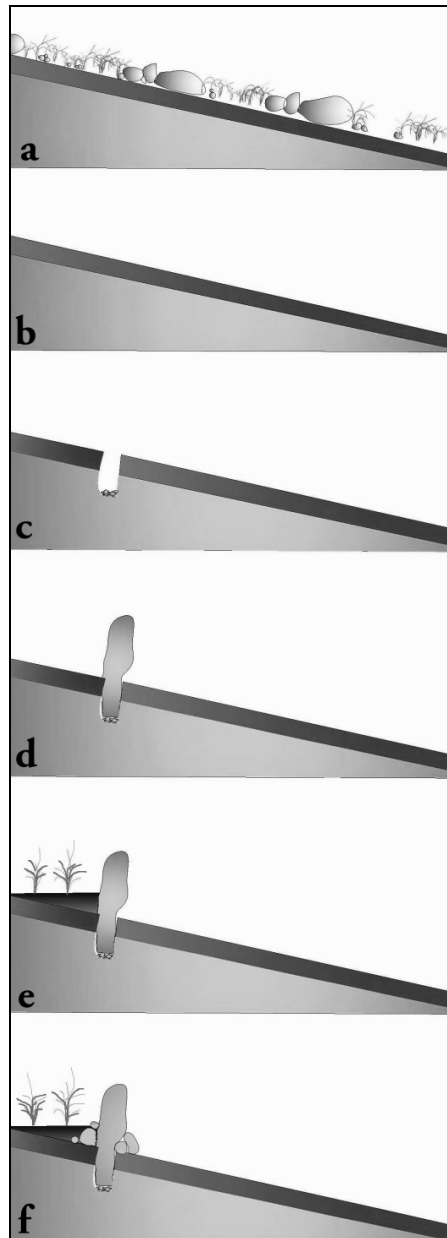


Figura 12. Secuencia de construcción de un muro de contención. A) Superficie “virgen” compuesta principalmente por rocas y maleza. B) Superficie limpia: se extrajeron todas las entidades que impedían la delineación correcta de la estructura y el funcionamiento de la parcela para el cultivo. C) Cavado y colocación de rocas pequeñas para el asiento del muro. D) Colocación de los bloques principales (de mayor tamaño) y de las rocas pequeñas de relleno en los intersticios. E) Parcela de cultivo nivelada. D) Reparación y mantenimiento de la estructura mediante la incorporación de rocas de refuerzo en ambas caras del muro.

do la totalidad del sitio (Figura 2) y fue interpretado como una estructura para el manejo del agua que por un lado permitía irrigar las parcelas que estaban por debajo pero también desaceleraba la corriente de agua que se podía desplazar durante las lluvias torrenciales del verano (Franco Salvi 2012). La gestión de este dispositivo seguramente implicó la colaboración y negociación de varias unidades sociales, ya que tenía consecuencias sobre distintas parcelas. Sin embargo también habría que destacar que su construcción y mantenimiento implicaba más conocimiento de los desniveles que de trabajo comunal intensivo. Este tipo de estructura, que aún hoy funcionan en el valle para trasladar agua desde las fuentes naturales a diferentes espacios, requiere sólo del cavado de una pequeña zanja que se mantiene fácilmente con la limpieza manual con cierta frecuencia, lo cual puede ser realizado por un grupo muy pequeño y hasta de manera individual.

Por otra parte en el sitio LB1 identificamos un aterrazamiento en un sector cercano a las viviendas con una pendiente del 12%, abarcando una superficie de 1480 m² y constituida por dos sólidos muros de contención transversales a la pendiente y dos muros con otras características constructivas, longitudinales a la misma. Las paredes transversales habrían sido levantadas mediante la técnica de corte y relleno, roturación y nivelación por acumulación. En las excavaciones realizadas en torno al muro de contención principal se pudo detectar una concentración circular de pequeñas rocas de un promedio de 10 cm de largo que cubría un conjunto formado por las extremidades articuladas y el cráneo de un camélido y numerosos fragmentos de cerámica asociados al consumo de alimentos líquidos que fue interpretado como ofrenda (Franco Salvi 2012) (Figura 13).

Es interesante pensar que en este espacio, que quizás necesitó de la colaboración de varias personas para ser puesto en funcionamiento, se encuentren las evidencias materiales de un ritual, que implicó, por un lado, la ofrenda de cierta parte de un animal a la tierra y, por otro, el consumo de otra parte de ese mismo animal (todo el esqueleto axial estaba ausente, menos el cráneo) y de líquidos potencialmente alcohólicos, como la chicha. Este tipo de eventos y reuniones de trabajo y de consumo han sido registradas en sociedades agricultoras de pequeña escala e interpretados como fundamentales para sostener un sistema de reciprocidad (David y Kramer 2001; Graham 1994; Stone 1991; 1992). En este sentido es interesante pensar que el compartir trabajo generaba rasgos materiales que, por su propia materialidad eran visibles y seguirían siéndolo por siglos. El trabajar en estos lugares implicaba no sólo el compartir esfuerzos y materiales sino que a cambio de eso la tierra y ellos mismos debían recibir algo a cambio.



Figura 13. Restos faunísticos y cerámicos asociados a muro de contención, interpretados como ofrenda.

Este aspecto clave de los espacios que daban el sustento material a los grupos de campesinos del valle de Tafi es la condición de posibilidad objetiva de reproducción de una relativa autonomía de los grupos de parentesco, pero no se reduce a eso solamente ya que también se convierte en la materialidad con la que los agricultores conviven y se forman como personas. En sus cuerpos se sedimenta esa manera – fragmentada- de preparar las parcelas y las parcelas preexistentes les indican cómo y dónde [o dónde no] construir las nuevas. El trabajo agrícola tuvo instancias de cooperación que excedían a los grupos domésticos, pero no podemos ver claramente que estas situaciones hayan salido de las relaciones definidas por la reciprocidad.

Convivir en comunidad

Estas mixturas de antepasados, rocas, ofrendas, alimentos, cerámica, hombres y mujeres, no son exclusivas de los ámbitos domésticos y productivos. Se repiten de manera similar en otros espacios que en la literatura arqueológica se clasificaron como “públicos”. El valle de Tafi se destaca por la presencia de un montículo ceremonial en torno al cual se ubicaron esculturas monolíticas, antiguamente denominadas menhires y recientemente reinterpretadas como huancas (García Azcárate 2000).

En el montículo de Casas Viejas, en El Mollar, propuesto como el centro sagrado para la época en esta región, los elementos materiales que se presentan, responden mucho más a repetidas reuniones en las cuales se consumían alimentos y bebidas, y en las cuales eventualmente se enterraban muertos entre los desechos de festejos previos, que a la construcción intencional de un lugar sagrado. Así, la asociación de ancestro/cerámicas/fuego/rasgo elevado (Gómez Cardozo et al. 2007; González y Núñez Regueiro 1960; Tartusi y Núñez Regueiro 2001), es similar a la que se da en las cistas. Ni siquiera la asociación de menhires-huanca y estructuras es privativa de este espacio, ya que la misma se ha podido detectar en ámbitos domésticos (Berberían y Nielsen 1988b) y productivos. Justamente son esos desechos los que se convirtieron en los mediadores de las prácticas que por encima de ellos se realizaban, los que las posibilitaban y le daban sentido.

Si bien no está totalmente resuelta la compleja cronología de esta estructura, los datos disponibles hasta la actualidad permitirían pensar que su utilización no fue constante y que parte importante de la misma se dio sólo en los primeros siglos de la Era, siendo posteriormente abandonada y revisitada esporádicamente. Esto nos lleva a repensar la posibilidad real de que este lugar se haya constituido como centro de la vida de las comunidades aldeanas establecidas en el valle y en sectores aledaños. Es por ello que nos preguntamos por la vida comunitaria en otros sectores. El estudio intensivo de las evidencias superficiales permite considerar que en el paisaje no se distingue la existencia de lugares centrales que se constituyan en los jalones que ordenan el espacio. No hay plazas o ámbitos públicos que permitan considerar un patrón centrípeta de crecimiento. El hallazgo de un montículo en La Bolsa 2 (LB2), que posiblemente constituyó el escenario para la realización de actividades comunitarias, refuerza esta idea, dadas las condiciones de su emplazamiento y las características constructivas (Figura 14). El mismo se encuentra en un lugar externo a todos los asentamientos, es de fácil acceso y no tiene ninguna estructura residencial asociada, ni siquiera en espacios cercanos. Quizás el entorno donde se realizaron determinadas reuniones, festejos o rituales, que

involucraban a varias familias, no era controlado por ningún grupo en particular, al menos la configuración del paisaje no se diseñó para que se favoreciera la restricción de acceso, visibilidad o proximidad. Tampoco este rasgo ejercía algún tipo de control sobre espacios residenciales o productivas.



Figura 14. Montículo de LB2. Se presenta como una elevación de tierra de planta elíptica, aislada, sin ninguna estructura asociada, en un lugar altamente visible.

Complementariamente se han iniciado muestreos en distintos espacios del sitio aldeano LB1, para reconocer evidencias de estas prácticas y si bien los resultados aún son preliminares hemos podido registrar algunas evidencias que apuntarían a que hay ciertos eventos de festejo y consumo que se estarían dando en ámbitos extramuros entre las viviendas sin ningún tipo de rasgo arquitectónico o topográfico que los destaque.

Las características reseñadas permiten caracterizar al paisaje aldeano como una construcción fragmentaria, que responde más a la escala doméstica y a la lógica del crecimiento espontáneo de las familias que a la planificación y lógica comunitaria. Todos los lugares fueron colonizados por espacios residenciales y, en la materialidad, ellos fueron enfatizados frente al resto de escalas sociales posibles, tanto la comunal como la individual.

Temporalidad

Hasta aquí hemos reflexionado sobre estas lógicas en términos sincrónicos, a partir de una imagen de este registro como si se hubiera fosilizado en un instante. Sin embargo, el paisaje aldeano del sector norte del Valle de Tafi conforma un palimpsesto de múltiples temporalidades. La comprensión de la secuencia de prácticas que ha generado tal superposición requiere de la discriminación de distintos contextos correspondientes a determinados momentos. Dicha tarea implica la realización de intensivos trabajos de relevamiento, recolecciones superficiales y excavaciones. Las dos primeras tareas se efectuaron en los sectores de La Bolsa y Carapunco, mientras que un análisis más intensivo se efectuó en el sitio La Bolsa 1 (LB1), especialmente en los sectores LB1-S1 y LB1-S2. Las intervenciones en una variedad de contextos han permitido generar datos puntuales que se convierten en indicios de distintos momentos de la ocupación de este asentamiento y que, a la vez, muestran la duración de ciertas prácticas.

Cronología relativa de los asentamientos aldeanos del Sector norte del valle de Tafi

La gran diversidad de rasgos arqueológicos distribuidos en el paisaje pudo ser sistematizado mediante la utilización de la tipología de estructuras arqueológicas propuestas por Berberían y Nielsen (1988b) considerando algunas modificaciones mínimas (Franco Salvi 2012). Se efectuaron prospecciones pedestres cubriendo un área de 10 km² a través de la realización de transectas separadas por una distancia de 100m, con dirección Este-Oeste. Se estableció una cartografía detallada con seis espacios de concentración de evidencias arqueológicas, que fueron levantados topográficamente y nombrados como La Bolsa 1 (LB1), La Bolsa 2 (LB2), La Bolsa 3 (LB3), Carapunco 1 (Ca1), Carapunco 2 (Ca2) y Carapunco 3 (Ca3). Confeccionadas las planialtimetrías se volvieron a realizar las transectas para identificar el

material presente en superficie, que permitiera construir una cronología relativa de las ocupaciones.

Los trabajos de prospección, relevamiento y recolección superficial realizados posibilitaron obtener un intenso conocimiento de los asentamientos de este sector del Norte del Valle de Tafi. El levantamiento planialtimétrico de detalle ha brindado una cartografía arqueológica de una superficie total de 230 ha, sobre la cual hemos comenzado a distinguir los rasgos que se asocian a distintos momentos de la ocupación humana. Los atributos y la cuantificación de los conjuntos cerámicos recuperados en las tareas de recolección permiten proponer una serie de consideraciones acerca de la cronología de los rasgos arqueológicos identificados. La presencia, con predominio casi absoluto, de grupos tecnotipológicos asociados de manera recurrente a contextos fechados en el primer milenio permite proponer que la ocupación preponderante de los sectores LB2, LB3, Ca1, Ca2 y Ca3 se produjo durante ese lapso. Esta propuesta se ve fortalecida por el diseño de la totalidad de estructuras residenciales relevadas, el cual ha sido datado entre el 200 DC. y el 1000 DC. en distintos sectores y por equipos de investigación independientes (Aschero y Ribotta 2007; Berberían y Nielsen 1988b; Cremonte 1988; 1996; González y Núñez Regueiro 1960; Salazar 2010; Sampietro Vattuone y Vattuone 2005). Otro elemento importante a considerar, más allá de la presencia o ausencia de tipos con asignaciones cronológicas relativamente claras, es la similitud de las relaciones cuantitativas de grupos tecnotipológicos de los conjuntos recuperados en superficie con los de los procedentes de excavaciones y asociados a fechados absolutos del primer milenio. Diversos contextos datados en este lapso (Franco Salvi y Berberían 2011; Salazar et al. 2007; Salazar y Franco Salvi 2009) han permitido ubicar entre 200 AC y 850 DC. conjuntos cerámicos constituidos por una alta presencia del grupo ordinario sin baño y en menor medida del grupo rojo fino. Complementariamente, y en porcentajes menores, se presentan otros grupos como los grises finos o los rojos (ordinarios y finos) con baños. La proporción de fragmentos decorados nunca excede el 5%, utilizando predominantemente técnicas de aplicación al pastillaje e incisión.

Esta consideración no implica que no se hayan producido ocupaciones posteriores, las cuales estarían evidenciadas en la presencia de algunos fragmentos Santamarianos o Belén, que se recuperaron en el Sector LB3, en las transectas TC y TD. Justamente estos fragmentos fueron recuperados en la superficie de un conjunto de estructuras de grandes dimensiones y morfologías rectangulares, que se distancian tipológicamente de las fechadas dentro del primer milenio de la Era. Asimismo se han detectado rasgos arquitectónicos y artefactuales que podrían corresponder a momentos más recientes como

los siglos XIX y XX. Sin embargo la gran mayoría de evidencias apunta a que la ocupación principal del área investigada se produjo *durante el primer milenio*.

El análisis de los materiales registrados en superficie muestra gran continuidad tanto en las características de los conjuntos cerámicos utilizados como en los modos de diseñar, construir y habitar el espacio, la cual disuelve la existencia de tipos de asentamientos asociados a cronologías acotadas en el tiempo y lleva a pensar en una modalidad paisajística, definida por el crecimiento espontáneo generado por unidades sociales fragmentarias. Veamos cómo opera la temporalidad de las prácticas en escalas más acotadas.

Biografía de una “aldea”

La ocupación inicial del sitio La Bolsa 1 se remonta al menos a un siglo antes de la era. En el sector LB1-S2, en la estructura para el manejo del agua se detectó una concentración de desechos secundarios o basurero. Se reconoció predominantemente cerámica ordinaria de pasta roja y antiplásticos gruesos (91,2%), y en menor medida cerámicas rojas y naranjas con inclusiones finas (7,2%). Los fragmentos decorados fueron muy escasos (sólo el 0,63%), todos ellos, presentando gruesas y profundas incisiones sobre bordes, asas y aplicaciones, lo que genera unos aserrados muy particulares. Entre los restos arqueofaunísticos se reconocieron diferentes especímenes de *Camelidae* sp., uno de los cuales fue datado mediante C14 AMS en AA81302. La muestra de un navicular izquierdo de un camélido (*Lama* sp.) fue fechada en 2110+/-66 AP; con 68,2 por ciento de confianza; 350a.C-320a.C y 210a.C-40a.C y con un 95,4% de probabilidades dando como resultado un rango entre el 360a.C-270a.C y entre el 260a.C y 30d.C. (Figura 15).

Las evidencias de esta temprana ocupación resultan aún bastante aisladas pero aseguran de manera fidedigna la presencia de actividad humana en ese espacio en algún momento antes del inicio de la era. Por otro lado, permiten pensar que las actividades más tempranas de esta instalación estuvieron relacionadas con la producción agrícola.

La temprana colonización productiva de este asentamiento es corroborada por la materialidad de otro evento, cuyas evidencias fueron detectadas, en cotas más altas del sector LB1-S1. La temprana colonización productiva de este asentamiento es corroborada por las materialidades provenientes de la ofrenda ubicada en el andén de cultivo (Figura 13), evento que pudo ser fechado en 70-220 cal DC.).

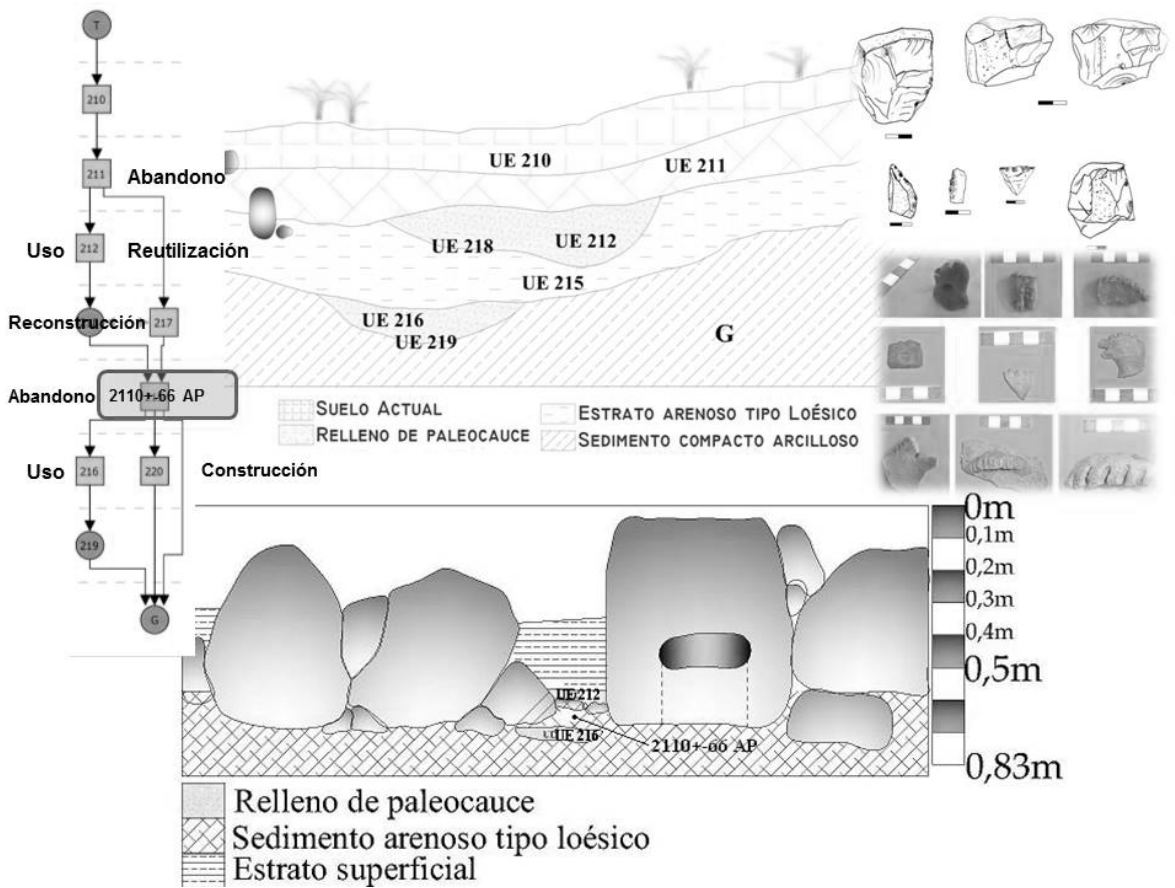


Figura 15. Esquema interpretativo de Estructura de Manejo del Agua. En un determinado momento (antes del 200 a.C) la estructura dejó de manejar agua y cuando se reactivó (después del 200 a.C) se construyó un muro que permitía mantener la dirección del cauce. La estratigrafía reconocida en EMA 1 (trinchera 2) corrobora procesos de prácticas agrícolas continuas y discontinuas. Se observan momentos de construcción (UE 220), uso (UE 212 y 216), abandono (UE 215) y reconstrucción (UE 218), reutilización (UE 212) y abandono (UE 211).

En los inicios de la era se construyeron las primeras instalaciones residenciales. La Unidad U14 presenta una prolongada ocupación, que pudo superar los 5 siglos.

Complementariamente, se realizó un sondeo en un espacio no excavado de la Unidad U10, cuyos materiales fueron publicados en otra oportunidad (Salazar *et al.* 2007) pero que son estilísticamente muy similares a los descritos para la Unidad U14. Fue fechada en 665-770 cal DC.

En el sitio LB1 se puede observar una persistencia en la ocupación del espacio y en la construcción del paisaje, la cual no permite reconocer claramente una diferencia entre los inicios del primer milenio y la segunda mitad de ese lapso. Esta característica de la duración de los paisajes es consecuente con otros trabajos que han reflexionado sobre la cronología de los conglomerados residenciales del valle de Tafi, y áreas aledañas, los cuales se ubican en un largo lapso que abarca casi la totalidad del primer milenio. Los atributos de distintas materialidades características aparecen y reaparecen en dilatados marcos cronológicos, en distintos contextos ambientales y relacionales. Analicémos la historia arqueológica de una vivienda en detalle.

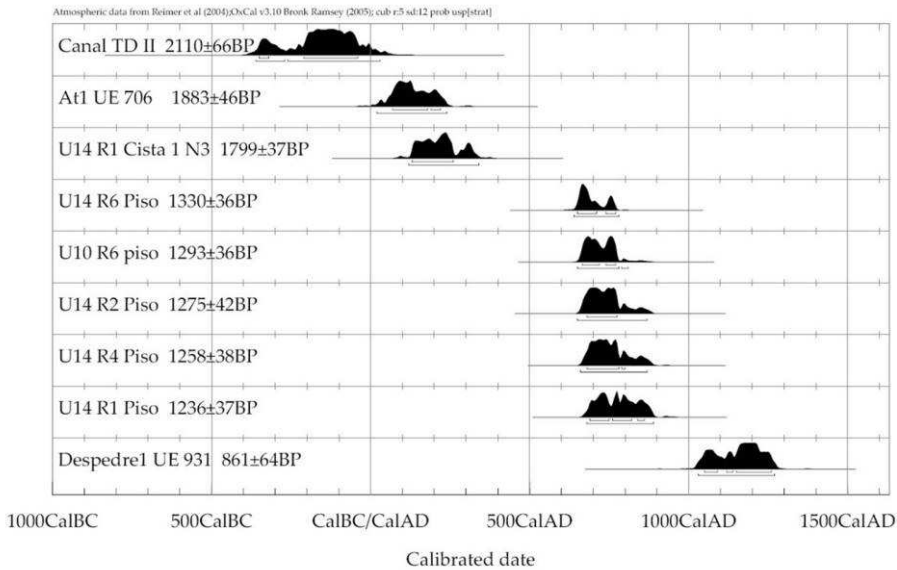


Figura 16. Calibración de fechados realizados en el sector LB1.

Biografía de una casa

El análisis detallado de cada unidad estratigráfica registrada en los trabajos de excavación permite establecer que la unidad U14 tuvo una compleja y dinámica historia, con una duración muy prolongada cuya fundación se remonta al menos a inicios de la era, aproximadamente entre el siglo II y III d.C. y su ocupación perdura hasta aproximadamente el siglo VIII d.C. (Figura 15). El rasgo material que encontramos actualmente en superficie y que asociamos a una vivienda “patrón Tafi” es entonces el resultado de una miríada de eventos y objetos que se fueron acumulando y relacionando a través de los siglos desde la principal ocupación y de los procesos postdeposicionales que se dieron hasta la actualidad (Figura 17).

Dicha historia habría comenzado con la planificación de la construcción. El diseño inicial, no parece haber incluido todos los recintos que se observan en el plano actual del conglomerado doméstico. Sin embargo el mismo responde a una configuración repetida una y otra vez en el valle y en sectores aledaños durante el primer milenio (Aschero y Ribotta 2007; Oliszewski 2011; Ratto et al. 2012; Scattolin 2006b; Scattolin et al. 2009), la cual se caracteriza por incluir diversos recintos, posiblemente techables, de planta circular, en torno a un patio de la misma morfología, que probablemente haya sido abierto. El hecho de la repetición del mismo diseño arquitectónico puede ser considerado con una rememoración de la vivienda que anteriormente habitó parte del nuevo grupo, sencillamente porque era el modo de confeccionar viviendas. Sin embargo, aunque sigue fuertes patrones, no es una repetición automática de la regla de cómo debe ser una casa. En efecto, dentro del “patrón Tafi” se observa una gran diversidad referida, sobre todo, a cantidad y tamaño de espacios cerrados, forma de las plantas, características constructivas de muros y especialmente de puertas. Seguramente la materialización de un espacio residencial en el momento de fisión de un grupo corresidente y de formación de uno nuevo implicó decisiones en un marco de condiciones previas y también implicó la adecuación de esos factores a las características físicas del espacio y los materiales constructivos disponibles.

La obtención de los materiales para la edificación se habría dado localmente, ya que los bloques graníticos utilizados son muy abundantes en el cono donde se emplaza el sitio. Además estos mismos materiales fueron removidos de las parcelas de cultivo en los eventos de limpieza y acondicionamiento de los sectores productivos, lo que generaba grandes concentraciones de los mismos. Las rocas fueron seleccionadas según sus formas y tamaños, evidenciándose una preferencia por los bloques grandes (con un promedio de aproximadamente $0,3\text{m}^3$, llegando en algunos a 1m^3) que presentaran al menos una cara plana, la cual se disponía hacia dentro de la estructura.

El evento inicial de esta construcción fue el cavado de un pozo con una amplia superficie, cuyos fines fueron generar perfiles para dar una base de apoyo a los bloques del muro y nivelar el terreno. Un lienzo simple y muy regular, constituido por la disposición inicial de grandes bloques y posteriormente de rocas más pequeñas que los trababan, se daba en la cara interna, mientras que en la externa se disponía una acumulación más irregular de rocas de variados tamaños que se apoyaban sobre el muro y le daban solidez, permitiéndole alcanzar considerables alturas. Con esta técnica se habría dado la construcción del paramento del recinto R1, el patio central, el cual se constituyó

como el jalón ordenador de todo el espacio de la unidad residencial. Este muro habría delimitado una superficie de casi 80m².

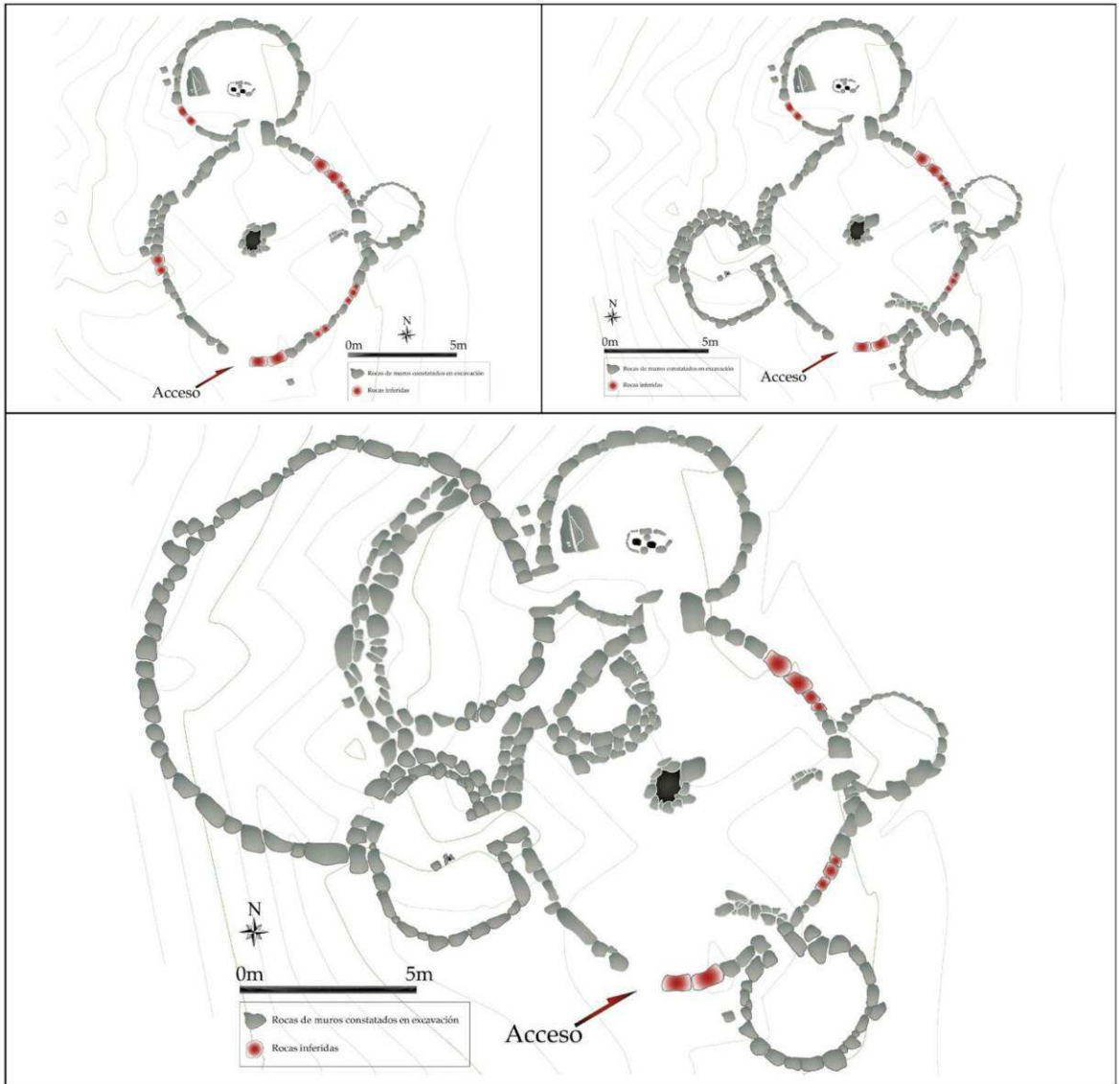


Figura 17. *Secuencia de Crecimiento de U14*

La abertura de R1 hacia el exterior se dispuso con dirección sur-suroeste, aunque la misma fue clausurada en dos oportunidades sucesivas y posteriormente, en ese sector, se produjo un considerable derrumbe que alteró sensiblemente la configuración constructiva. Sin embargo, se evidencian dos bloques dispuestos verticalmente

distanciados por 40cm, que pueden haber formado parte de la puerta. En este sentido, es llamativo que, al igual que la abertura hacia el exterior registrada en la Unidad U10 (Salazar et al. 2007), es mucho más informal y pequeña que las puertas internas de la vivienda. Este manejo de los umbrales de paso muestra una búsqueda de mayor fluidez interna que entre el espacio extramuros e intramuros.

Los recintos adosados que se habrían construido inicialmente habrían sido R2 y R6. Los indicadores para afirmar esto son las características de muros, los modos en que se traban entre sí y, especialmente, los diseños de las puertas que los comunican, las cuales se constituyeron mediante grandes bloques enterrados profundamente, dispuestos a manera de jambas. Estos mismos también cumplían una función estructural en la conformación del paramento. La dimensión de estos elementos constructivos requirió para su inclusión dentro del muro de un espacio amplio que permitiera su manipulación, lo cual lleva a pensar que habrían formado parte de la planificación inicial. A diferencia de esto, las aberturas de los otros recintos se constituyeron sólo de piedras más pequeñas y superficiales, aparentando una leve reconfiguración del muro existente.

R6 fue construido como una estructura de más de 20m de superficie, con un muro que involucró rocas muy grandes y que presentan gran compactación en su constitución. Considerando las evidencias recuperadas en la excavación habría estado cubierto por una techumbre de forma cónica, con un poste central. El fogón central y su deflector se habrían encontrado desde el primer momento y habrían constituido el espacio de cocción principal de la vivienda. Por el contrario R2 se constituyó como un recinto mucho más pequeño con un muro menos formal.

Dentro del Recinto R1 los rasgos construidos en este primer momento pueden haber sido dos: el rasgo rC, es decir el muro que acompaña la entrada de R1 a R2 y el rasgo rD, es decir la Cista 1. Si bien es muy difícil de relacionar estas estructuras internas con la construcción del muro principal del patio, rC conforma un aparejo para la entrada hacia R2, y por ello una sola unidad funcional. Al ubicar a R2 dentro de esta primera fase, por extensión, se incluye en ella a ese rasgo. El caso de la cista es aún más complicado, ya que no tiene ninguna relación estratigráfica con el paramento ni con otro recinto. Sin embargo resulta significativo marcar que de su base se extrajo el fechado más temprano de la unidad, calibrado entre 120 y 340 d.C., lo cual permite al menos considerarla entre los momentos tempranos de la ocupación. Asimismo el hecho de que todas las viviendas correspondientes a esta cronología excavadas en el valle de Tafi hayan evidenciado la presencia de cistas, ya conteniendo restos humanos, ya

vacías, podría indicar que este tipo de estructura eran parte de las unidades residenciales, incluso antes de que fueran utilizadas como tumbas. Considerando estos elementos la ubicamos en el período más temprano de construcción de U14.

En algún momento posterior a la construcción y el inicio de las actividades dentro de la U14, se produjeron ciertas modificaciones. En principio se puede apuntar que se adosaron dos nuevas estructuras a la unidad U14, R3 y R4, construcciones que implicaron modificar el muro de R1, generando nuevas aberturas.

Una nueva ampliación de la unidad, que por un lado incorpora el rasgo rA, incluido dentro del recinto R1, el cual constituyó una estructura especializada en el almacenaje de alimentos. Por otro se construyó una gran estructura subcircular mediante un muro perimetral que se apoyó sobre las caras externas de los paramentos de R4 y R6. A estos dos recintos se vinculó mediante puertas también formales. Posteriormente esta edificación sería dividida en dos, configurando las características arquitectónicas finales de la unidad residencial, que se mantuvo hasta poco antes de su abandono.

El piso ocupacional del patio fue fechado en 690-860 cal DC. y los de otros recintos adosados de la unidad en 680-775 cal DC. (R2), 680-800 cal DC. (R4) y 650-770 cal DC. (R6). Las vasijas de cerámica asociadas a este contexto presentan, predominantemente, tamaños grandes y paredes gruesas. Los grupos tecnológicos dominantes corresponden a pastas gruesas y no uniformes cocidas en atmósfera oxidante, presumiblemente a bajas temperaturas. En menor medida se presentan pastas finas de color beige, y grupos tecnológicos cocidos en atmósferas reductoras, constituyendo pastas grises y en menor medida negras, todas correspondientes a fragmentos de vasijas de tamaños pequeños. Las decoraciones se ejecutaron preferentemente sobre estos últimos grupos en los cuales se realizaron incisiones, constituyendo motivos geométricos, líneas curvas, campos rellenos por reticulados, etc. Varios motivos son muy similares a las decoraciones asignadas frecuentemente a estilos Candelaria. Sólo en tres casos se reconocieron tiestos que podrían ser asignados a estilos Aguada

Más allá del orden de la expansión, que cuenta con ciertas bases empíricas y otras interpretaciones ciertamente arbitrarias, el dato a subrayar es la larga duración de la ocupación de esta vivienda y el crecimiento paulatino del espacio utilizado dentro de ese ámbito, lo cual puede indicar un incremento de las personas que lo habitaban, así como la compleja manera en la cual se va construyendo este tipo de conglomerados, muy distante a la materialización de una norma cultural.

Estas características permiten proponer la preponderancia de estrategias de reproducción biológica y de crecimiento del grupo que tendían hacia la residencia continuada, coartando la posibilidad de la fisión y reproducción neolocal (Blanton 1995). Pero también permite reflexionar sobre la duración de los objetos incluidos en ese espacio ocupado por unos cuatro o cinco siglos como mínimo. Los muros, los rasgos, las puertas, la cista, conformaban una configuración material que precedía a casi todas las personas residentes, habían sido construidas, habitadas y modificadas en momentos pasados que se remontaban a experiencias previas a la existencia de los habitantes de la vivienda (salvo para la generación que la construyó). Esta temporalidad particular configura una cartografía de la memoria que moviliza el recuerdo, por actuación performativa, de ciertos elementos. Pero esa memoria, memoria lugar, memoria objeto, memoria cuerpo ¿Qué es lo que rememora?

Biografía de una cista

Así como aldea y vivienda presentan una historia compleja, también lo hace cada uno de los rasgos incluidos en ellas. Como una suerte de muñeca rusa podríamos analizar cada uno de ellos (Figura 18). Sin embargo no todos nos arrojan la misma riqueza de indicios. En este caso la excavación de la cista central de R1 permitió conocer una interesante secuencia de eventos que se sedimentaron en un rasgo usualmente considerado como la evidencia de un evento inhumatorio.

Sobre la base, a 1,10m del piso ocupacional del recinto, se detectaron los restos óseos de un individuo en muy mal estado de conservación acompañados de un jarro (de pasta ordinaria y color rojo con un acabado de superficie muy irregular, que presenta un asa labio adherida en posición vertical, y en su borde opuesto una decoración aplicada al pastillaje con el motivo de un pequeño rostro ornito-antropomorfo), una jarra (de pasta similar, con un acabado de superficie más uniforme, sin decoraciones y con una gruesa capa de hollín en su cara externa) y numerosos fragmentos de vasijas con características similares. Ninguna de las cerámicas presenta decoración compleja ni corresponde a lo que se conoce como pasta “fina” para el momento, siendo piezas que la literatura identifica como “ordinarias” o utilitarias. Incluso se ha podido determinar por medio de análisis microbotánicos que una de ellas contuvo maíz, posiblemente en alguna forma de brebaje. En esta misma capa se detectaron concentraciones de carbón una de las cuales fue datada en 1799 ± 37 AP, calibrado con el 68% de probabilidades entre 130 y 260AD, siendo hasta el momento la fecha más temprana para una vivienda en Tafi, y especialmente para una

cista. Los restos de este entierro no se hallaban en su disposición primaria, sino que habían sido intencionalmente removidos hacia los márgenes de la estructura.

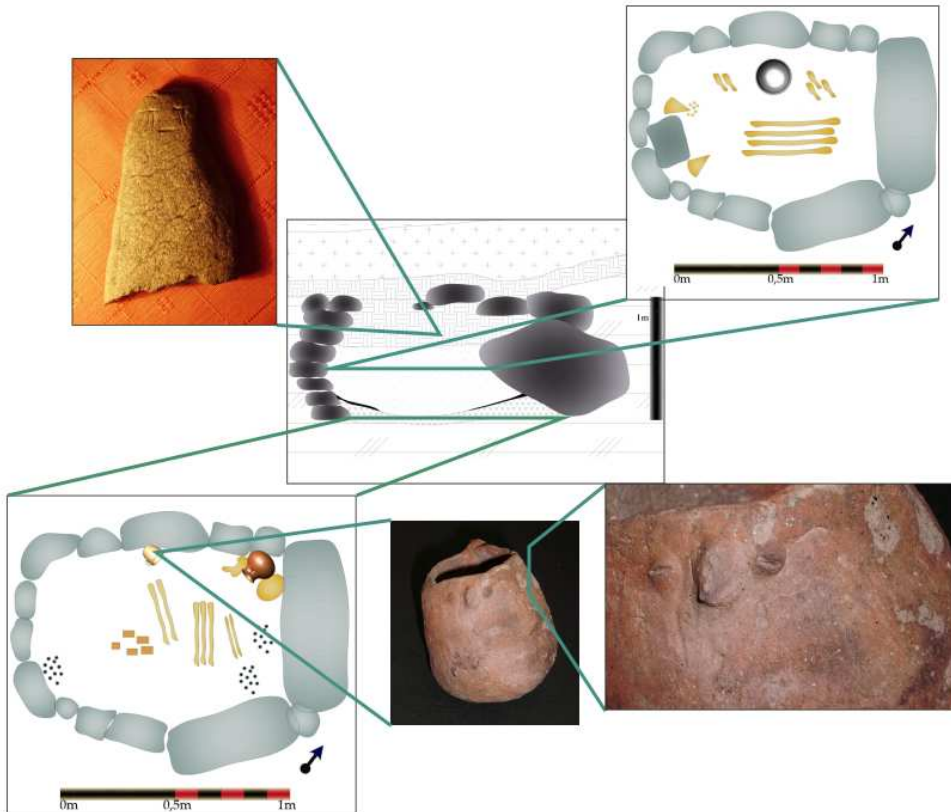


Figura 18. Esquema de estratos y artefactos presentes en la Cista.

Por encima de este nivel se pudo detectar una marcada capa de sedimento termoalterado presente en casi toda la superficie que separa estratigráficamente ambos eventos. En la porción superior se detectaron los restos de otro cuerpo humano, los cuales presentan aún peores condiciones de conservación que el anterior, acompañados por un puco de pasta gris sin decoraciones, fragmentos de cerámica ordinaria y nuevas evidencias de combustión. Sobre este entierro, a unos 50 cm, cerrando quizás este evento inhumatorio, se registró una estatuilla antropomorfa de piedra, cuyo rostro muestra a un personaje con lágrimas en sus mejillas, la cual fue intencionalmente fracturada o “matada”.

Este bloque, que se presenta hacia fuera como uno, es en realidad una mezcla de distintos actantes (Latour 2005), que por sus cualidades materiales quedaron intrincados entre sí, para formar un artefacto que

forma parte de otras relaciones prácticas en el medio de la vivienda. En este sentido es significativo recalcar que ese artefacto convivió con numerosas generaciones después de ser construido y rellenado una o más veces, lo cual lo hacía coexistente con elementos previos a los que vivieron la gran mayoría de personas en esa unidad residencial.

El tiempo de los campesinos

La arqueología regional ha dado primacía al tiempo lineal como eje ordenador de la evidencia y constructor del pasado. Secuencia, tipología y estratigrafía han sido los recursos básicos para el abordaje de las investigaciones. La necesidad de construir una cronología limitó las narrativas del pasado y esto puede ser reconocido en la literatura arqueológica dedicada al estudio del valle de Tafi y áreas aledañas (Franco Salvi et al. 2012; Scattolin 2006b). La dificultad para resolver la cronología de los procesos sociales vividos por los pobladores del valle de Tafi y de otros espacios próximos con los que interactuaron puede generarse en la falta de trabajos sistemáticos en algunas de esas áreas, como las yungas o el valle de Yocavil, o en los escasos análisis de sitios extramuros con estratificaciones de gran profundidad temporal que hasta la actualidad, prácticamente se reduce al montículo de El Mollar (Gómez Cardozo et al. 2007; Srur 2001) y a Bañado Viejo (Scattolin et al. 2001) pero también puede deberse a los modos temporales en los que se han estructurado las prácticas, las cuales no necesariamente hayan respondido al ritmo de cambios registrados en otros sectores. También las lógicas sociales, definidas por las constantes situaciones de conflictos y negociaciones entre agentes humanos y no humanos, pueden no responder a las expectativas de nuestras secuencias que frecuentemente esperan ciclos recurrentes marcados por puntos de quiebre.

Las narrativas que dieron cuenta del proceso social vivido por los habitantes del primer milenio en el valle de Tafi, poseen algunos elementos en común. Fundamentalmente se espera la existencia de una *ruptura* significativa en los modos de organización social, patrones culturales y formas de producir, que se vean reflejadas en el registro material. Los datos presentados (i.e. cerámica, arquitectura, fechados radiocarbónicos, etc.) permiten pensar en que tal ruptura tiene pocos fundamentos empíricos. En principio, podría proponerse que existe cierta dificultad para identificarla en el registro de Tafi a través de todo el primer milenio, al menos comparándolo con el de otros espacios, como el valle de Hualfin, el Campo del Pucará o Ambato.

La segunda expectativa que se desprende de dichos modelos es que ciertos sitios o tipos de sitios hayan pertenecido a un momento más o menos acotado del primer milenio y que tales tipologías responden a

determinadas entidades culturales, clases de organización social o a ciertas estrategias de explotación económica. De esta manera se construyeron una suerte de etapas que formaban parte de momentos diferentes. Esas fases, sin embargo, no se presentan en el registro de la manera esperada. Por el contrario, los paisajes muestran más continuidades y persistencias a través del primer milenio que rupturas claras.

Por otra parte, en el indicador cronológico predilecto de la arqueología, la cerámica, ningún elemento permite ver cambios sustanciales, habiéndose propuesto incluso la existencia de una tradición (Cremonte y Botto 2000). Los conjuntos, marcados por el predominio de grupos de pastas gruesas, con baños rojos, y en menor medida la presencia de pastas más finas naranja y gris, con decoraciones incisas, no cambian significativamente en todo el milenio. Las escasas variaciones son producidas por la mínima presencia o ausencia de algunos estilos, como Vaquerías, Ciénaga o Aguada.

Los relevamientos de las estructuras superficiales y las excavaciones han permitido reconocer que la expansión de la vida aldeana se dio de manera espontánea, gestionada por grupos que pretendían cierta autonomía y, en consecuencia, intentaban tomar sus propias decisiones. Esta configuración espacial también se mantiene a través del tiempo. En el sitio LB1 se puede observar una persistencia en la ocupación del espacio y en la construcción del paisaje, la cual no permite reconocer claramente una diferencia entre los inicios del primer milenio y la segunda mitad de ese lapso. Sería muy difícil asociar este asentamiento, o incluso a algunas estructuras dentro del mismo a uno u otro momento. Incluso, resulta trivial afirmarlo, pero las estructuras construidas a inicios de la Era, siguieron siendo utilizadas (reutilizadas, recicladas, reinterpretadas, revisitadas) a través de todo el primer milenio. Los aterrazamientos fueron cultivados a través del tiempo, en convivencia con materiales que remitían a los inicios de su construcción. Las viviendas eran habitadas a través de muchas generaciones, y las prácticas que se daban en su interior se referenciaban a rasgos y estructuras que habían estado allí, desde tiempos inmemoriales.

Esas configuraciones materiales estaban cargadas de múltiples temporalidades que no remitían a etapas anteriores y posteriores. En ellas convivían y conviven momentos en los cuales las prácticas se reproducían, remitiendo a otras prácticas, personas, intenciones y materiales de distintos pasados. Los atributos de distintas materialidades características aparecen y reaparecen en dilatados marcos cronológicos, en distintos contextos ambientales y relacionales. Las unidades residenciales compuestas aparecen de manera dispersa,

como es el caso de LB2- U75A (Berberían y Nielsen 1988b) y concentradas, como en el sitio LB1, el Pedregal (Cremonte 1988), el Tolar (Sampietro Vattuone 2002) o Puesto Viejo (Di Lullo 2012; Oliszewski 2011). Los fechados obtenidos por distintos equipos de investigación las remiten al inicio de la Era, a los siglos medios de la misma e incluso a sus momentos finales. En este sentido es muy interesante haber podido realizar un nuevo fechado de la Unidad U75A, en el sitio LB2, publicada por Berberían y Nielsen (1988a), a partir de una muestra de carbón procedente la cista 4 la cual arrojó 990 ± 30 AP (LP1830, carbón, 1018-1145 cal DC.). Aschero y Ribotta (2007) pudieron detectar un contexto similar a este en el sitio El Remate, en la Quebrada de Amaicha, cuyos fechados lo ubican casi a inicios del segundo milenio, entre 900 y 1130 AP.

Nuestras investigaciones se realizaron teniendo en cuenta las dificultades y condicionamientos que presentan las secuencias cronológicas o los marcos temporales holistas para la construcción de narrativas acerca del pasado. Consideramos que la solución no estaría vinculada a la construcción de una “nueva secuencia cronológica” sino a la aceptación de que el tiempo es multiescalar, variado y que no es simplemente un contenedor o algo separado de los objetos que estudiamos sino parte de su propia definición (Lucas 2005). La aceptación de una pluralidad de tiempos implica reconocer la trama de temporalidades y de ritmos –inerciales y transformadores, lentos y rápidos, circulares o lineales– que se conjugan en una realidad concreta.

Experiencias diversas. Conflicto y negociación en las sociedades aldeanas tempranas del NOA.

El análisis de la naturaleza de las comunidades de práctica y su dinámica temporal permite plantear que las comunidades aldeanas tempranas en el valle de Tafí se constituyeron como colectivos laxos y heterogéneos, conformados por la articulación de grupos de parentesco sólidamente constituidos, la cual estuvo mediada por la participación de numerosas configuraciones materiales que incluyeron a las unidades residenciales, los ámbitos productivos y los sectores de realización de prácticas públicas.

En este sentido pudimos constatar que los principios de construcción del paisaje aldeano no se corresponden con una estructura centralizada. Más aún hemos caracterizado a estos lugares en términos de paisajes continuos y centrífugos, para dar cuenta de la distribución de estructuras residenciales cuya expansión no partió de

lugares centrales ni estuvo mediada por la existencia de límites claros (López Lillo y Salazar en este Volumen). Contrariamente los centros de la vida parecen haber sido las mismas viviendas, cuyo repetido patrón constituye una esfera cerrada a su interior y espacialmente diseñada en torno a la materialidad de los ancestros (Salazar 2012)(Salazar 2012)(Salazar 2012)(Salazar 2012)(Salazar 2012)(Salazar 2012). La esfera pública parece estar allí, aunque no consolidada más allá de las negociaciones eventuales para compartir trabajo y las consecuentes festividades que sirven como pago en el marco de la reciprocidad (Franco Salvi y Berberían 2011; Franco Salvi y Salazar 2014).

En los escenarios analizados hemos tratado de acercarnos al mundo material que fue en gran parte el colectivo que posibilitó esas prácticas y que a la vez materializó las estructuras que se establecieron como principios para enfrentar y discutir las tensiones generadas en el conflictivo contexto que hemos definido para las sociedades aldeanas tempranas. Los espacios residenciales y los campos de cultivo dieron sentido a múltiples “comunidades de memoria” que pueden haber entrado en desacuerdos o tensiones entre ellas, sin negociar la posibilidad de renunciar a la propia historia en la adopción de la memoria de colectivos más grandes, condición que se convirtió en la posibilidad de reproducción de esas mismas lógicas que le daban sustento.

Las comunidades de memoria están inscriptas en un dominio material específico que da al cuerpo humano orientación, conocimiento y subjetividad a través de acciones e interacciones con personas y cosas en un ámbito espacial particular (Hendon 2010). Las prácticas diarias de vivir en torno a los difuntos, depositar y almacenar alimentos y objetos, cocinar y fraccionar granos de maíz, realizar ciertas artesanías, acondicionar parcelas agrícolas, sembrar y festejar en distintos espacios del ámbito aldeano ayudaron a generar historias y subjetividades particulares.

Según Bourdieu, en las formaciones donde la reproducción de las relaciones de dominación no está asegurada por mecanismos objetivos, el trabajo incesante que es necesario para mantener las relaciones de dependencia personal estaría condenado de antemano al fracaso si no pudiese contar con la constancia de los *habitus* socialmente constituidos y reforzados sin cesar por las sanciones individuales o colectivas: el orden social reposa principalmente en el orden que reina en los cuerpos. El *habitus*, es decir el organismo en cuanto el grupo se lo ha apropiado y que se ha adaptado de antemano a las exigencias del grupo, funciona como la materialización de la memoria colectiva (Bourdieu 2007). Esta idea, central en los planteos de Bourdieu, ha sido

actualmente retomada por modelos que sitúan en un lugar clave de la reproducción a la memoria, como elemento que supera a los confines de la razón, considerando su relación con el cuerpo. La memoria del cuerpo consiste en la incorporación del pasado a través de las acciones y la experiencia, sedimentándola performativa y efectivamente en el movimiento corporal (Connerton 1989; Hendon 2010).

Entonces el orden social sedimentado en los cuerpos afirmaba la existencia de colectivos segmentarios, comunidades de memorias fragmentarias, lo que explica que dichas sociedades se hayan reproducido por más de ocho siglos como conjuntos heterogéneos de unidades menores vinculadas por el parentesco. Estos lazos no estaban contruidos sólo por relaciones de sangre, o de ascendencia, estaban contruidos por cementos mucho más fuertes y durables: por la materialidad que era experimentada, habitada y utilizada a través de la vida diaria.

En el caso analizado la casa no es una metáfora que representa materialmente la estructura simbólica que define marcos de referencias y guía los principios que posibilitan la reproducción del orden social, en un mundo ideal o supra material: la materialidad de la casa fue mediadora de las prácticas que se daban dentro y fuera de ella. La durabilidad de la vivienda definida por las características físicas de los materiales involucrados en su construcción posibilitó la durabilidad de las estructuras sociales, y se transformó en una herramienta de negociación entre los agentes.

Los resultados en los patrones espaciales deben ser entendidos a partir diversas situaciones sociales resueltas con estrategias variables dentro de un marco de estructuras limitantes mayormente compartidas. Las estrategias de reproducción predominantes a lo largo del primer milenio parecen haber puesto énfasis en la autonomía económica y simbólica de los grupos de personas que habitaron espacios residenciales. La idea central de este planteo implica aceptar que los agentes en gran medida vieron limitadas sus acciones, identidades e intenciones por su participación dentro de los grupos domésticos que pueden haberse constituido como unidades de acción bastante integradas, sin negar posibles conflictos internos y tomas de posiciones encontradas. Esta posibilidad se ve fortalecida al analizar la configuración y la biografía de los ámbitos domésticos del primer milenio en Tafi. Sin proponer una relación apriorística entre espacios residenciales (unidades espaciales) y unidades domésticas (grupos antropológicos), se ha podido establecer que los mismos se constituyeron como unidades espaciales integradas que albergaban grupos coresidentes de tamaños considerables donde los lazos con

ciertos ancestros habrían sido enfatizados material y principalmente, a través de los enterratorios en cistas.

La conformación de la casa, construida, enredada y cargada de significado constituye un aspecto clave de la reproducción del *habitus*, a través del cual se habría reproducido la identidad de sus ocupantes. Ese entorno entonces era un medio material para negociar tensiones dentro de unidades de parentesco amplias. La ruptura con esa materialidad significaba la fisión de la unidad, para establecerse en otro lugar, legitimada por la utilización de la misma: una nueva vivienda, con sus nuevos ámbitos construidos.

Las continuidades espaciales y temporales de estas prácticas contribuyeron a la continuidad de otro grupo de prácticas, como la manera de habitar, de trabajar campos, hacer cerámica, de vincularse con otras unidades domésticas, etc. La identidad de estos grupos era exaltada y las decisiones individuales poco escaparon a esta escala social. De la misma manera, la construcción de colectivos mayores también debe haberse enfrentado a esta contradicción, la cual, se postula, estuvo en la base de la permanente fragmentación y dispersión de los asentamientos. Ante el crecimiento demográfico y de los conflictos internos las negociaciones de los actores sociales parecen haber dado por resultado la configuración de ámbitos sociales y políticos de cierta fragmentación aunque de escala bastante amplia.

Al retomar comparativamente las trayectorias de distintos grupos que habitaron diversos espacios del surandino en el primer milenio, podemos observar que en muchos de ellos las negociaciones sociales terminaron generando la disolución de experiencias, tradiciones, estilos, materialidades en formas novedosas que con menor o mayor rapidez reemplazaban a las antiguas (Laguens 2006). Esta clase de cambio, quizás es la expectativa más elemental que surge al pensar en la evolución social, pero el rechazo a ese reemplazo es también una posibilidad válida (entre muchas otras) y debe ser pensada en esos términos. La “integración regional” se dio en numerosos valles, en procesos mediante los cuales las poblaciones locales de la porción meridional del NOA incorporaron el estilo Aguada y posiblemente las ideas, relaciones, conocimientos y memorias que venían aparejadas. La materialidad Aguada también circuló en Tafí. De los miles de tiestos recuperados en la excavación de LB1-U14, hay sólo 5 que corresponden al estilo Aguada gris inciso. Uno de ellos es un fragmento que posee la representación de un personaje antropomorfo de frente que lleva un pectoral oval. El mismo fue alterado para generar un engarce y utilizarlo como colgante, siendo muy posible que se introdujera en el sitio como tal y no como la vasija de la cual fuera parte (Figura 19). Por alguna

razón los artesanos siguieron produciendo la misma cerámica que producían los artesanos en ese lugar 500 años atrás.

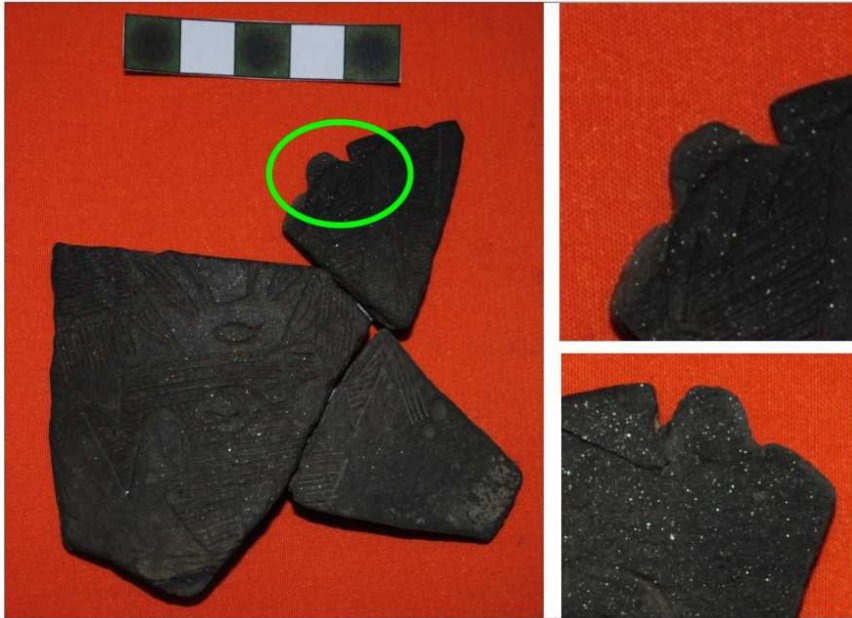


Figura 19. Fragmentos Aguada gris inciso con desgastes post-fractura posiblemente para engarce.

Estas consideraciones llevan a reflexionar hasta qué punto puede la memoria hábito ser central en las negociaciones. En este caso la materialidad y la reproducción de la materialidad (de la casa, del campo de cultivo, de la cerámica, etc.) fue producida por agentes que le dieron formas particulares definidas por la fragmentación social, pero a su vez esa materialidad medió en todas las relaciones futuras para seguir manteniendo una estructura social fragmentada, la cual era permanentemente recordada en la cotidianeidad.

Frente a las contingencias locales, cientos de familias y grupos sociales compartieron prácticas similares en numerosos valles del Noroeste Argentino. Se podría sostener que estas poblaciones *coevolucionaron* (Haber 2006a:330) aun cuando mantuvieron sus trayectorias culturales propias.

Más allá de estos elementos comunes, que fueron frecuentemente incluidos dentro de una categoría esencialista (Muscio 2009), la de Formativo, estas sociedades transitaron trayectorias muy particulares, a diferencia de los periodos anteriores y posteriores donde hay recurrencias macroregionales mucho más intensas. Durante el primer milenio las trayectorias históricas difirieron marcadamente, incluso en

espacios muy cercanos como los procesos del valle de Ambato y Hualfin frente a los de valles y oasis septentrionales como Antofalla y Yocavil.

Lejos de la pacífica e ingenua imagen del “agricultor formativo” preparando las bases materiales para formar o recibir estructuras sociales más complejas, este particular momento de la historia andina no estuvo libre de tensiones, conflictos y luchas de grupos sociales y, más aún, esos conflictos fueron las condiciones que posibilitaron un enorme abanico de respuestas.

Fueron numerosas las estrategias (Bourdieu 1997; 2007) puestas en práctica y fueron diversos los agentes que participaron en este proceso. En Antofalla y Piedra Negra, las células domésticas, formadas por unidades de vivienda y redes de riego configuraron un ámbito comunitario bastante fragmentario, donde la toma de decisiones parece haber sido gestionada por las unidades domésticas y ancestros (Haber 2001; 2006a; Quesada 2006). En Morro Relincho (Valle del Bolsón) el trabajo familiar muchas veces fue insuficiente incorporándose el comunal sin que esto último haya implicado la incorporación de una jerarquía o elite para su coordinación (Quesada y Korstanje 2010). En el valle del Cajón, se lograron resolver los conflictos internos configurándose una mayor aglomeración e integración aunque prevaleciendo lo doméstico como el eje de relación. Por el contrario, en otros sectores más meridionales como Hualfin y Ambato las decisiones y resoluciones de problemas fueron llevadas a cabo en ámbitos específicos comunales bajo la coordinación de agentes especializados que mediante distintas herramientas, entre ellas la herencia, habrían logrado obtener un acceso diferenciado al poder (Gordillo 2004; 2007; Laguens 2006; 2014; Pérez Gollán 1992).

Estos aportes ponen en evidencia la gran diversidad de experiencias que vivieron los habitantes del noroeste en los momentos de conformación de las sociedades aldeanas tempranas, en algunos espacios construyendo esferas públicas autónomas y con cierto grado de centralización del poder (Gordillo 2004; Laguens 2006; Aunque ver: Cruz 2006), en otros estableciendo unidades domésticas ciertamente autónomas (Delfino et al. 2009; Haber 1999; 2011; Quesada 2006). En este último caso, se consolidaron redes de interacción y articulación de lo público, especialmente en marcos simétricos que posibilitaron la reproducción de cierta autonomía de los colectivos formados en torno al parentesco.

La conformación de los asentamientos aldeanos no procedió de la racionalización del uso del espacio ni de las estrategias de individuos buscadores de prestigio. Fue un complejo proceso de tensiones y negociaciones, en los cuales las soluciones procedieron de principios,

incorporados en el pasado, aplicados a situaciones novedosas que los replicaron y, en el mismo acto, los transformaron. Cabría preguntarse si es posible pensar un problema tan amplio como el de la dispersión aldeana desde una mirada tan local como la que proponemos en esta ocasión. Evidentemente que la falta de recursos para afrontar este tipo de cuestionamiento es un limitante infranqueable y la mayor parte de las propuestas de este análisis pueden caer en un pozo especulativo demasiado pretencioso. Sin embargo, toda cronología en arqueología es local. Quizás uno de los problemas con las secuencias con las que trabajamos es no tener en cuenta ese detalle de nuestra práctica, que la asignación cronológica que podemos realizar en arqueología es siempre sobre un evento (o una sumatoria de eventos). Entonces, a fin de cuentas, trabajamos siempre con historias locales y sobre todo con prácticas, las cuales pueden ayudarnos a pensar procesos más generales. Quizás un diálogo entre los fechados obtenidos y las cronologías establecidas y una relectura de éstas analizando las antiguas dataciones en esta misma lógica, pueda aportar una nueva mirada sobre los fenómenos analizados.

Agradecimientos

Estamos eternamente agradecidos con todos los colegas del Área de Arqueología del CEH Segreti (UA CONICET), del Laboratorio de Arqueología de la Universidad Nacional de Córdoba, de los Departamentos de Antropología de la University of Notre Dame (Indiana, USA) y de la University of Arizona (Tucson, USA) que colaboraron en distintas etapas de esta investigación, con los organismos de promoción científica que financiaron nuestros trabajos mediante becas y subsidios plurianuales: CONICET, MINCyT (Pcia de Córdoba) y SECyT (UNC), con los comuneros y vecinos de Tafí del Valle y con nuestros familiares, amigos, amores y desamores que ayudan a hacer fáciles los momentos duros. Algunos colegas leyeron versiones preliminares de este capítulo y lo enriquecieron notablemente, Romina Spano, Dante Angelo, Jesús Bermejo y Juan Pablo Carbonelli. Las responsabilidades de lo aquí vertido son exclusivas de los autores: enes

Referencias citadas

Albeck, M. E.

2000 La vida agraria en los Andes del Sur. En *Nueva Historia Argentina Tomo I*, Editado por Myriam N Tarragó, pp. 187-228. Sudamericana, Buenos Aires.

Aschero, C.A., y E. Ribotta

2007 Usos del espacio, tiempo y funebria en El Remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán). En *Paisajes y procesos sociales en Tafí del Valle*, Editado por Patricia Arenas, Barbara Manasse, y Estela Noli, pp. 79-94. Instituto de Arqueología, Tucuman.

Bandy, M.S.

2010 Population Growth, Village fisioning and Alternative Early village trajectories. En *Becoming villagers: comparing early village societies*, Editado por Matthew Sebastian Bandy y Jason Jake R Fox, pp. 19-36. The University of Arizona Press, Tucson.

Bandy, M., y J. R. Fox

2010 *Becoming villagers: the evolution of early village societies*. En *Becoming villagers: comparing early village societies*, Editado por Matthew Sebastian Bandy y Jason Jake R Fox, pp. 1-18. The University of Arizona Press, Tucson.

Berberián, E. E., y A. Nielsen

1988a Análisis funcional de una unidad doméstica de la etapa Formativa del valle de Tafí (Pcia. De Tucumán- Rep. Arg). En *Sistremas de asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafí*, pp. 53-67. Comechingonia, Córdoba.

1988b Sistemas de asentamiento prehispánicos en la etapa formativa del Valle de Tafi. En *Sistremas de asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafí*, Editado por Eduardo E Berberián, pp. 21-51. Comechingonia, Córdoba.

Blanton, R.

1994 *Houses and Households: a comparative Study*. Plenum Press, New York.

1995 The cultural foundations of Inequality in Households. En *Foundations of Social Inequality*, Editado por T Douglas Price y Gary Feinman, pp. 105-127. Plenum Press, New York.

Bourdieu, P.

1997 *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Editorial Anagrama, Barcelona.

2007 *El Sentido Práctico*. Siglo XXI Editores., Buenos Aires.

Castro, V., y M. N. Tarragó

1992 Los Inicios de la Producción de alimentos en el Cono Sur de América. *Revista de Antropología Americana*. 6: 91-124.

Connerton, P.

1989 *How Societies Remember*. Cambridge U. Press, Cambridge.

Cremonte, B.

1988 Comentario acerca de fechados radiocarbónicos del sitio El Pedregal (Qda La Ciénega, Tucumán, Argentina). *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 20: 9-18.

1996 Investigaciones arqueológicas en la quebrada de La Ciénega (Dto. Tafí, Tucumán). Universidad Nacional de La Plata.

Cremonte, B., y I. Botto

2000 Cerámicas arqueológicas de La Ciénega (Dto. Tafí, Tucumán): Estimación de las temperaturas de cocción en base a las propiedades térmicas de las arcillas. *Revista del Instituto de Geología y Minería* 13: 23-40.

Cruz, P.

2006 Complejidad y heterogeneidad en los Andes meridionales durante el Período de. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 35(2): 121-148.

David, N., y Carol Kramer

2001 *Ethnoarchaeology in Action*. Cambridge U. Press, Cambridge.

Delfino, D. D., V. E. Espiro, y A. Díaz

2009 Modos de vida situados: el formativo en Laguna Blanca. *Andes* 20: 111-134.

Dobres, M., y J. E. Robb

2000 Agency in archaeology. Paradigm or Platitide? En *Agency in archaeology*, Editado por Marcia-anne Dobres y John E Robb, pp. 3-17. Routledge, London & New York.

2005 " Doing " Agency: Introductory Remarks on Methodology. *Journal of Archaeological Method and Theory* 12(3): 159-167.

Drennan, R. D., y C. E. Peterson

2008 Centralized communities, Population, and Social Complexity After Sedentarization. En *The Neolithic Demographic Transition and its Consequences*, Editado por Ofer Bar-Yosef y Jean-Pierre Bocquet-Appel, pp. 359-386. Springer.

Franco Salvi, V.

2012 Estructuración social y producción agrícola prehispánica durante el primer milenio d.C. en el Valle de Tafí (Tucumán, Argentina). Universidad Nacional de Córdoba.

Franco Salvi, V., y E. E. Berberían

2011 Prácticas Agrícolas de Sociedades Campesinas en el Valle de Tafí (100 a.C- 900 d.C). *Revista de Antropología Chilena* 24: 119-145.

Franco Salvi, V., y J. Salazar

2014 Llama offerings in early village Landscapes. New data from Northwestern Argentina Argentina (BC 200 -AD 800). *Ñawpa Pacha. Journal of Andean Archaeology* 34(2): 223-232.

Franco Salvi, V., J. Salazar, y E. Berberían

2009 Reflexión teórica acerca del formativo y sus implicancias para el valle de Tafí durante el primer milenio d.C. *Andes* 20: 197-217.

2012 Paisajes persistentes, temporalidades múltiples y dispersión aldeana en el valle de Tafí (Prov. de Tucumán, Argentina). *Intersecciones en Antropología* En Prensa.

García Azcárate, J.

2000 Símbolos, piedras y espacios: una experiencia semiológica. En *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, Editado por María Podestá y María de Hoyos, pp. 73-83. Sociedad de Antropología Argentina, Buenos Aires.

Gazi, V., y J. Salazar

2013 Determinación de las áreas de actividad y organización del espacio doméstico en una unidad residencial del sitio La Bolsa 1 (Tafí del Valle, Tucumán, Rep. Argentina). *Arqueología Iberoamericana* 17: 3–22.

Gómez Cardozo, C., M. Chocobar, y C. Piñero

2007 El montículo de Casas Viejas: un espacio sagrado. En *Paisajes y procesos sociales en Tafí del Valle*, Editado por Patricia Arenas, Barbara Manasse, y Estela Noli, pp. 111–134. ISES - CONICET, Tucumán.

González, A.R.

1963 Las tradiciones alfareras del del periodo temprano del N.O.Argentino y sus relaciones con las areas aledañas. *Anales de la universidad del Norte de Antofagasta* 2: 49–65.

González, Alberto Rex, y Víctor Núñez Regueiro

1960 Preliminary Report on Archaeological Research in tafí del Valle, NW Argentina. En *Akten del 34 amerikanisten Kongress*, pp. 18–25. Wien.

Gordillo, I.

2004 Arquitectos del rito. La construcción del espacio público en La Rinconada, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29: 111–136.

2007 Detrás de las paredes... Arquitectura y espacios domésticos en el área de La Rinconada (Ambato, Catamarca, Argentina). En *Procesos sociales prehispánicos en el Sur Andino. La vivienda, la comunidad y el territorio*, Editado por Axel Emil Nielsen, Clara Rivolta, Verónica Seldes, Malena Vazquez, y Pablo Mercoli, pp. 65–98. Brujas, Córdoba.

Graham, M.

1994 *Mobile farmers. An ethnoarchaeological approach to settlement organization among the Rarámuri of Northwestern Mexico*. International Monographs in Prehistory, Ann Arbor.

Haber, A. F.

1999 Uywaña, the house and its indoor landscape: oblique approaches to, and beyond, domestication. En *The prehistory of food. Appetites for change.*, Editado por Chris Gosden y Jon Hather, pp. 58–80. Routledge, London.

2001 La domesticación del Oasis. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina.*, pp. 451–466. Córdoba.

2006a *Una arqueología de los oasis puneños*. Ed. Sarmiento Editor. Córdoba.

2006b *Una arqueología de los oasis puneños*. Sarmiento Editor, Córdoba.

2011 *La casa, las cosas y los dioses: arquitectura doméstica, paisaje campesino y teoría local*. Encuentro, Córdoba.

Hendon, J.

2010 *Houses in a Landscape: Memory and Everyday Life in Mesoamerica*. Ed. Duke University Press. Durham & London.

Hillier, B., y J. Hanson

1984 *The Social Logic of Space*. Cambridge University Press, Cambridge.

Hodder, I.

2011 Human-thing entanglement: towards an integrated archaeological perspective. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 17(1): 154-177.

Korstanje, M. A.

2005 La Organización del Trabajo en torno a la Producción de Alimentos en Sociedades Agropastoriles Formativas (Provincia de Catamarca, República Argentina). Universidad Nacional de Tucumán.

Kuen Lee, Y.

2007 Centripetal settlement and segmentary social formation of the Banpo tradition. *Journal of Anthropological Archaeology* 26(4): 630-675.

Laguens, A. G.

2006 Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social en comunidades aldeanas del valle de Ambato. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 38: 211-222.

2014 Cosas, personas y espacio social en el estudio de la desigualdad social. La trama de las relaciones en una sociedad diferenciada en la región andina de Argentina (S. VI a X d.C). *ArqueoGazte. Revista de Arqueología* 4: 127-146.

Latour, B.

2005 *Reassembling the Social An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford University press, Oxford.

Ledesma, R., y C. Subelza

2012 Alcances y limitaciones en el empleo de indicadores formativos en la microregión Cafayate (Salta). En *Taller Formativo*.

Lucas, G.

2005 *The archaeology of time*. Routledge, London & New York.

Moore, J. D.

1996 *Architecture and power in the ancient Andes. The archaeology of public buildings*. Cambridge University press., Cambridge.

2008 The Archaeology of Plazas and the Proxemics of Ritual : Three Andean Traditions. *American Anthropologist* 98(4): 789-802.

Muscio, H.

2009 El Formativo es una Unidad de Análisis Inadecuada en la Arqueología del Noa. En *Arqueología y Evolución. Teoría Metodología y Casos de Estudio*, pp. 197-213.

Núñez Regueiro, V., y M. N. Tarragó

1972 Evaluación de datos arqueológicos: ejemplos de aculturación. *Estudios arqueológicos* 1: 36-48.

Oliszewski, N.

2011 Ocupaciones prehispánicas en la quebrada de Los Corrales, El Infiernillo, Tucumán (ca. 2500-600 AP). *Comechingonia. Revista de Arqueología* 14: 155-172.

Olivera, D.

1991 Tecnología y Estrategias de adaptación en el Formativo (Agroalfarero Temprano) de la Puna Meridional Argentina. Un caso de Estudio: Antofagasta de la Sierra (Catamarca, RA). Universidad Nacional de La Plata.

2001 Sociedades agro-pastoriles tempranas: el Formativo Inferior del Noroeste Argentino. En *Historia Argentina Prehispánica.*, Editado por Eduardo Berberían y Axel E Nielsen, pp. 83-126. Brujas, Córdoba.

Pauketat, T. R.

2000 Practice and history in archaeology. An emerging paradigm. *Anthropological Theory* 1(1): 73-98.

Pérez Gollán, J.

1992 La Cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato. *Publicaciones del CIFYH* 46: 157-173.

Quesada, Marcos

2006 El diseño de las redes de riego y las escalas sociales de la producción agrícola en el 1 er milenio DC (Tebenquiche Chico , Puna de Atacama). *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 31: 31-46.

Quesada, M., M. Gastaldi, y G. M. Granizo

2012 Construcciones de periferias y producción de lo local en las cumbres de el Alto-Ancasti. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 37(2): 435-456.

Quesada, M. N., y M. A. Korstanje

2010 Cruzando estructuras: el espacio productivo y su entorno percibido desde las prácticas cotidianas. En *El hábitat prehispánico.*, Editado por M. E. Albeck, M. C. Scattolin, y M. A. Korstanje, pp. 119-147. Universidad Nacional de Jujuy. Argentina., San Salvador de Jujuy.

Raffino, R.

1977 Las aldeas del Formativo Inferior de la quebrada del Toro (Salta, Argentina). *Estudios Atacameños* 5: 65-109.

Ratto, N., M. Basile, A. Feely, I. Lantos, L. Coll, D. Carniglia, y J. P. Miyano

2012 La gente y sus prácticas en las tierras bajas y altas del oeste tinogasteño en los siglos I a XIII (Catamarca, Argentina). En *Actas virtuales del Taller "Arqueología del Periodo Formativo en Argentina,"* Editado por María Alejandra Korstanje y Marisa Lazzari. ISES - CONICET, Tafí del Valle.

Salazar, J.

2010 Reproducción social doméstica y asentamientos residenciales entre el 200 y el 800 d . C . en el valle de Tafí , Provincia de Tucumán. Universidad Nacional de Córdoba.

2012 Household Mortuary Practices in a South Andean Village (First Millennium A.D.). *Andean Past* 10: 295–300.

Salazar, J., y V. Franco Salvi

2009 Una mirada a los entornos construidos en el Valle de Tafí. *Comechingonia. Revista de Arqueología* 12: 85–102.

Salazar, J., V. Franco Salvi, y E. E. Berberían

2011 Una aproximación a la sacralidad de los espacios domésticos del primer milenio en Valle de Tafí (Noroeste Argentino). *Revista Española de Antropología Americana* 41(1): 9–26.

Salazar, J., V. Franco Salvi, E. E. Berberían, y S. F. Clavero

2007 Contextos domésticos del valle de Tafí, Tucumán, Argentina (200-1000 AD). *Werken*: 1–20.

Sampietro Vattuone, M.

2002 Contribución al conocimiento geoarqueológico del Valle de Tafí, Tucumán (Argentina). Universidad Nacional de Tucumán.

Sampietro Vattuone, M., y M. Vattuone

2005 Reconstruction of activity areas at a formative household in northwest Argentina. *Geoarchaeology* 20(4): 337–354.

Scattolin, M. C.

2006a De las Comunidades aldeanas a los Curacazgos en el Noroeste Argentino. *Boletín de Arqueología PUCP* 10: 357–398.

2006b *Estudios atacameños Contornos y confines del universo iconográfico precalchaquí del valle de Santa María.*

Scattolin, M. C., M. Bugliani, L. I. Cortés, C. Calo, L. Pereyra Domingorena, y A. D. Izeta

2009 Pequeños mundos: hábitat, maneras de hacer y afinidades en aldeas del valle del Cajón, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 34: 251–274.

Scattolin, M. Cristina, M. Bugliani, A. D. Izeta, M. Lazzari, L. Pereyra Domingorena, y L. Martínez

2001 Conjuntos materiales en dimensión temporal. el sitio formativo “bañado viejo” (valle de Santa María, Tucumán). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 24: 167–192.

Scattolin, M. C., y M. Korstanje

1994 Tránsito y Frontera en los Nevados del Aconquija. *Arqueología* 4: 165–197.

Seldes, V., y G. Ortiz

2012 Avances en los estudios bioarqueológicos de la región del río San Francisco, Jujuy, Argentina. En *arqueología del Periodo Formativo en Argentina: Un encuentro para integrar áreas y sub-disciplinas, revisar significados y potenciar el impacto de las investigaciones en curso*, Editado por María Alejandra Korstanje y Marisa Lazzari, pp. 1-29. ISES, Tafí del Valle.

Stone, G.

1991 Settlement ethnoarchaeology. *Expedition* 11: 16-24.

1992 Social distance, spatial relations, and agricultural production among the Kofyar of Damu District, Plateau state, Nigeria. *Journal of Anthropological Archaeology* 11(2): 152-172.

Tarragó, M. N.

1999 El Formativo y el surgimiento de la complejidad social en el Noroeste argentino. En *Formativo Sudamericano: una reevaluación*, Editado por Paulina Ledergerber-Crespo, pp. 302-307. Abya-Yala, Quito.

Tartusi, M., y V. Núñez Regueiro

Fenómenos cúlticos tempranos en la Sub-región Valliserrana. En *Historia Argentina Prehispánica*. Editado por E. Berberían y A. Nielsen: 127-170. ED Brujas. Córdoba.

Yaeger, J., y M. A. Canuto

2000 Introducing an archaeology of communities. En *The Archaeology of communities. a new world perspective*, Editado por Marcello A. Canuto y Jason Yaeger, pp. 1-15. Routledge, London & New York.